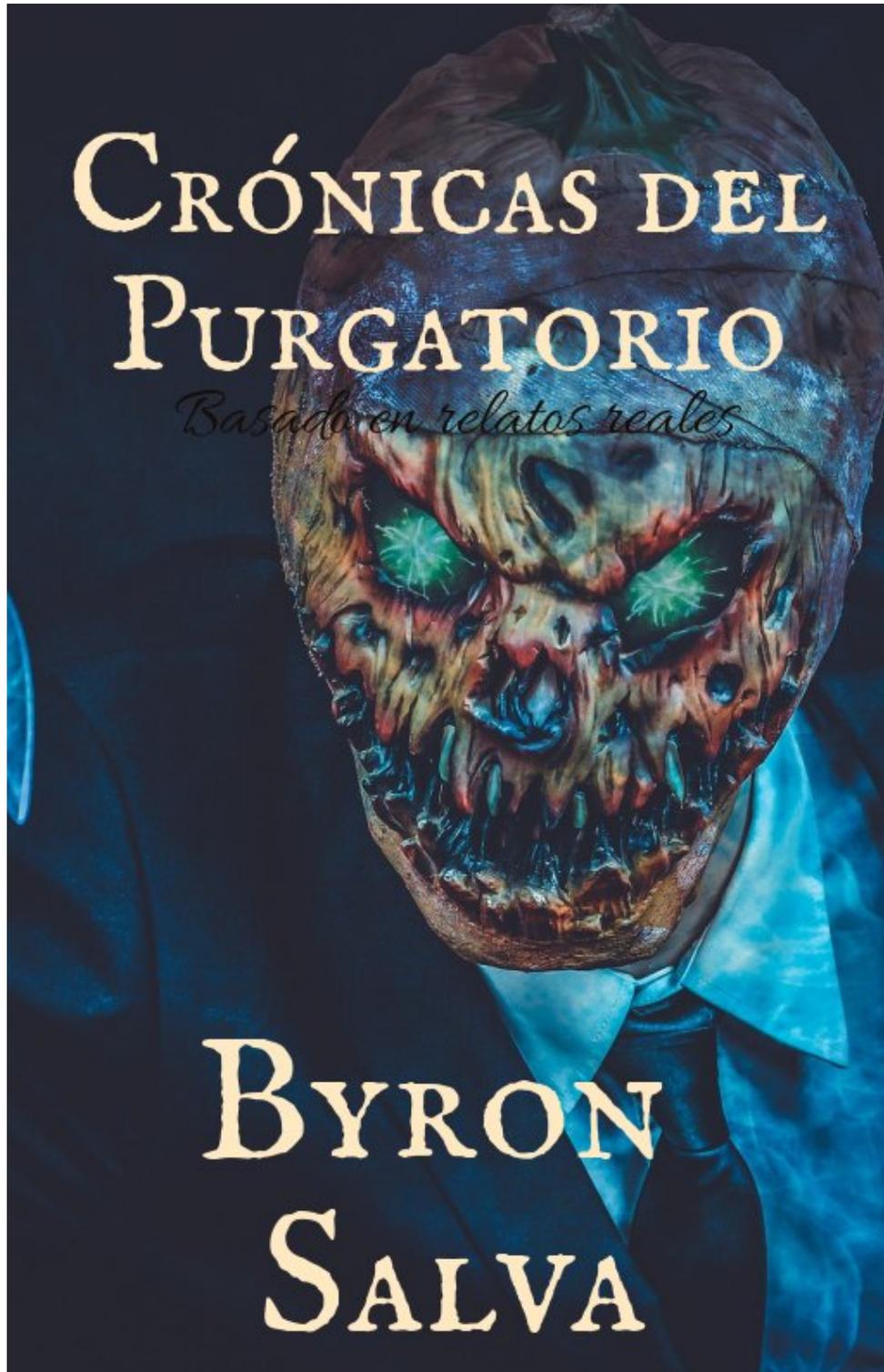


Crónicas del Purgatorio

Byron Salva



Capítulo 1

Estimado lector, no sé si creerás más allá de cada una de las palabras que pretendo escribirte de aquí en adelante; si pensarás en lo verídico que podrían llegar a ser los términos que contarán cada una de las siguientes historias que procuraré narrar para ti, sin embargo la decisión final para tal efecto, fue, es y será exclusivamente propia de tu persona; no obstante, creo oportuno antes de iniciar con lo que considero será una agradable conversación entre tú y yo, ofrecer a ti, estimado lector, el inicio posterior (porque lo que voy a plasmar para ti más adelante, es mucho más antiguo que el hecho de cómo di con ellas, es mas, tiene más tiempo y polvo que el tiempo mismo, muchos más años de los que cargan con mi existencia), de cada uno de estos relatos.



Donde vivo siempre ha sido un sector apacible, rural, de modo que el trinar de las aves te despierta por las mañanas, puedes escuchar el susurrar del viento por las tardes, haciendo crepitar la hojas de los árboles avejentados y silbar entre las copas de los joviales especímenes que siguen el rastro de la existencia de nuestro valle. Puedes sonreír a las caras conocidas en la dirección que mires y los agradables y cordiales saludos desde el más niño al más anciano y desahuciado hombre y mujer llueven cada día, aunque, aquello no impide ni borra el horroroso hecho que nos hizo relativamente famosos en su momento. Un incendio, así sin

más. Un siniestro en una casona hace tantos años que más allá de ello no puedo contarte ahora, sin embargo, alguien se encargó de explicarlo todo, y te lo contaré, pero cuando todo haya culminado.

Cierto día, unos amigos y yo decidimos ir al lugar, la casona que casi se consumió por completo la madrugada del 01 de noviembre de 1898, al lugar que las malas lenguas han lapidado desde que se descubrió aquel pequeño incidente que se creía accidental. Es un lugar deshabitado por supuesto, estimado lector, de lo contrario los cargos por allanamiento a la propiedad privada nos hubieran llovido y no nos hubiésemos librado aunque Dios nos hubiese escuchado y el diablo se hubiera quedado sordo, a fin que, poder entrar solo nos costó un par de raspones y rasguños por la caída desde los muros y las moras del perímetro (¿te he mencionado que el lugar queda casi a faldas de un cerro, alejada casi por tres kilómetros del pueblo?), y a eso agregarle un par de costillas picadas por las astillas de las tablas rotas.

Dime tú, querido lector: ¿qué esperarías encontrar en una casona abandonada? Lo mismo que nosotros seguramente, soldad absoluta y un instante de vacile entre las paredes azotadas por el hollín, por el tizne negro y casi granulado que el fuego impregnó cuando una de las enfermeras (desconociendo el motivo), decidió encender un cerillo en una de las camas del lugar. Otra cosa: ¿te he mencionado que la casona se utilizó como estancia psiquiátrica entre 1870 y 1898? ¿No?, pues, ya lo sabes.

Recorrimos un par de pasillos en los que las camas de soportes metálicos ennegrecidos reinaban, habitaciones donde las paredes solo tenían un par de manchas en menor cantidad de tizne que, supondremos, lograron frenar los cuerpos que finalmente allí se calcinaron. Lugares en que la luz no se filtraba por ni un lado, por ni una ventana, ni siquiera por las que estaban mal dibujadas en medio de cada pared.

Fue en una de esas habitaciones donde, algo peculiar llamó nuestra atención. Una escotilla bajo mis pies, medio chamuscada y que no soportó mi peso, de modo que me mandó volar sobre la escalera y di un violento rebote hacia uno de los catres que había abajo y aterricé de bruces tragando tierra.

Un poco más lucido y gracias a la tenue luz del exterior que se cribaba por la escotilla, noté en ese subsuelo una habitación perfectamente equipada con ocho camas, cada una separada por cortinas, con veladoras y una vela, con las sábanas limpias y estiradas, sin el más mínimo indicio de que el fuego hubiese pasado por allí, salvo por ese molesto olor a encierro y polvo que suele sentirse al abrir un lugar que ya ha olvidado la luz del sol. En ese instante, solo una pregunta era capaz de hacerme mirar con mayor detalle aquel (de algún modo) tenebroso lugar: ¿a quién se le ocurriría esconder o aposentar a pacientes bajo tierra (por muy

amena que la habitación fuera)?

Fue extraño, y más aún al reparar en una de las camas, la única que parecía usada, la única con grilletes en los extremos y con la vela del mueble casi consumida, con un tintero derramado y un par de hojas avejentadas por el polvo y regadas en el piso, las que llegaban hasta aquel inusual rastro de diez ¿dedos?, que se arrastraban hasta bajo la cama, dando con un viejo libro cerrado, que contenía diez ¿cartas?, ¿vivencias?, una especie de bitácora de diez días, comenzados el 21 de octubre de 1898. La única en cuyo armazón, sábanas y paredes se extendía la frase "no juegues con él". La única cuyo rastro de aquella (para ese momento), tétrica frase, condujo hasta el centro del catre de la cama, donde un ahorcado dibujado daba a entender que no había mayor entretención o tal vez, los excitantes deseos de acabar con esa tortuosa estancia en aquel Gólgota carcelario.

No negaré que la inquietud me consumía, querido lector, y el miedo de tener ante mi tanta oración escrita en tantas partes y sostener en mis manos las palabras de alguien cuyo trastorno ya asustaba, era poco a poco más perturbador, sin embargo, me animé a no soltar el libro y a mirar un poco más allá de la luz.

No encontré gran cosa. Solo el diagnóstico médico del paciente de la cama en cuyo suelo yacían esperándome, los siguientes manuscritos.

C.D.S.O

Esquizofrenia paranoide.

Pérdida gradual de memoria con fin parcial.

No sé si llegará a interesarte tal vez lo poco y nada que logramos rescatar de los manuscritos originales, pero, al igual que esta pequeña introducción, la decisión de continuar es completamente tuya. Cuesta un poco creer que un retorcido y olvidadizo esquizofrénico se atrevió a contar esta clase de vivencias (delirios, a mi parecer), aunque... ahora que lo pienso, indagando más a fondo, aparte de aposentar a los pacientes en aquel lugar, y viendo la capacidad de este en particular, para salir de aquella execrable realidad, me pregunto ¿qué tan peligrosos serían tal vez, para solo tal vez, haberlos tenido allí?

Aunque, bueno, siendo sinceros, eso no es un impedimento para que hubiera escrito tantas fantasías. Si llegaran a serlo, claro, ¿no crees?

Atte.

Byron Salva.

Capítulo 2

En lo particular, creo que habrá mucha gente que dirá: «no da miedo», «es una pérdida de tiempo» o, sin duda: «qué poca imaginación la tuya». Pero, sepan que, es muy diferente leerlo y creer que solo fue mi imaginación, a vivirlo y tener las agallas para recordarlo y relatarlo, porque una experiencia real siempre supera la ficción.



Eran casi las tres de la tarde cuando el sol nos pegaba fuerte en el rostro y la caminata se volvía más extensa entre los pedregosos cerros de Salamanca, al oriente de la confluencia del río Illapel con el Choapa, siguiendo el «cordón de los brujos» hasta la quebrada de Manquehua.

Habíamos pasado por un par de lugares hacía unos días atrás, cuando habíamos tocado para un matrimonio (puesto que, fui músico hace ya varios años) y esa vez dos integrantes de mi grupo (ambos primos míos), me acompañaron en esa travesía. Creo ser aficionado a las cosas

sobrenaturales, como muchos seguramente, pero mi afición me llevó a cometer una de las locuras más grandes de todas, una donde sin duda jamás debí meterme. Una de donde se vuelve solo si tienes mucha suerte.

Buscábamos la por muchos llamada: «cueva de Salamanca», lugar donde los brujos locales se reunían a celebrar sus fiestas; brujos que convertidos en aves llegaban a vuelo con sus ritos, cantos y celebraciones.

Nunca había visto nada y nunca había caminado por allí, de modo que salirse de la ruta sería bastante riesgoso, razón por la cual no hicimos nada de ello.

Así anduvimos un par de horas más, con el agua de la cantimplora que casi hervía para el té, con la lengua casi a rastras por el suelo y las piernas que no daban más del cansancio, entumecidas por el largo camino recorrido.

En ese momento recordé que la gente local me lo había advertido:

—¡No la busques, hijo! —me dijo un anciano minutos antes de partir.

—¿Por qué? —pesquisé yo.

—Porque a la cueva no puedes entrar a no ser que te inviten.

—¿Y eso...? —pregunté sin entender.

—Uno de ellos —me contestó refiriéndose a un brujo.

Solo me reí.

—La encontraré, caballero. Esa esa solo una leyenda local. Lo de los brujos, digo.

—Es leyenda hasta que es tangible. Y esta lo es, muchacho. Lo es.

Cuando recordé lo que me había dicho, solo sonreí.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Rafael, un primo y músico mientras me daba un estatequieta en la nuca.

—Es que —le dije—, un viejo me dijo que no encontraríamos la cueva si los brujos de acá no nos invitaban.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—, ¡dime que me estás hueveando!

—Sí. Ojalá —me burlé.

—Y entonces... ¿qué hacemos? —inquirió Andrés, primo mío también.

—Creo que lo más conveniente va a ser devolvernos —propuse señalando la ruta de vuelta.

Los ojos entrecerrados de los chicos tenían un brillo enojón bajo el sol abrasador, además de los ceños fruncidos y la clara falta de ejercicio de los tres, nos daba más rabia el seguir caminando, aunque para nuestra suerte, esta sería bajada.

La ruta en sí era larga, y como no continuamos adelante, nunca supimos donde terminaba el camino de tierra por el que íbamos. Observábamos en todas las direcciones: hacia arriba los cerros pedregosos, hacia el frente el camino de tierra, hacia atrás lo árido que era la flora y hacia abajo las terribles y largas pendientes que daban a entender que una caída sería desastrosa y terminaría en una muerte segura con el cuello roto sino se tenía cuidado al caminar.

Íbamos tan cansados que las piernas nos tiritaban y el sol de a poco nos iba dando su adiós cediendo paso a la total oscuridad. No tenía la más remota idea de que habíamos caminado tanto. El sendero seguía al frente de nosotros y para nuestro colmo no andábamos con linternas, o un chonchón si quiera, solo con el aporte visual natural que ya se escondía tras los cerros que cubrían Salamanca.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Rafael.

—No sé —contestó Andrés—. Lo que es yo, voy a ir a echar la corta[1].

—Ten cuidado no más, enano —aludí por su estatura.

Al separarse un poco de nosotros, notamos como de un grito cayó por una pendiente que gracias al cielo no era tan larga. Se había tropezado con algo y rodó loma abajo hasta que una vieja quisca seca lo detuvo en el trayecto.

—¿Estás bien?! —pregunté.

—Me duele... —se quejó—, parece que me quebré una costilla.

—Ten calma —agregué tratando de no perder yo la mía.

Miré a Rafael entre lo que podía observar y sin más lo abracé.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—Espera aquí —me dijo—. Voy por ayuda.

—¡Qué! —exclamé asustado. No por el hecho de quedarme solo, sino por el hecho de quedarme en la compañía de mi primo. ¿Y si moría?

—Es la única salida. O que vayas tú.

No lo pensé dos veces. Entre caminar solo por el resto de ruta que quedaba y no escuchar más que mis pasos o el cantar de las lechuzas, o quedarme y tranquilizar a mi primo que se quejaba bastante, prefería mil veces oírlo incesante por su dolor.

—Vuelvo al tiro —me dijo Rafael.

Sentí sus pasos correr frente a mí y poco a poco se fueron silenciando.

Cuando no oí nada más, le grité a mi otro primo:

—¡Andrés!

—¡Damián! —exclamó con tono dolido— ¡Me duele!

Sin mentirles, tenía miedo.

A ratos pensaba en que sería una buena oportunidad para buscar indicios de la cueva, pero ¿dejar a mi primo botado?, ni pensarlo. Además, me daba miedo andar solo y sobre todo por un lugar que no conocía.

Andrés seguía con sus quejas y Rafael hacía rato que se había ido y aún no llegaba.

—¿Qué mierda? Si no fue tanto lo que caminamos —me dije.

Una lechuza irrumpió mis pensamientos.

—¡Cállate! —le grité, cuando de la nada el aleteo se hizo más fuerte. Sentí una parvada de aves y con la rapidez más grande de todas me hice a un lado del sendero para gritarle a Andrés y sentir su voz.

—Pájaros malditos —pensé.

A ratos le dejaba caer algunas palabras a mi primo para que no nos sintiéramos solos, porque, ante todo, prefería escuchar sus quejas y no el silencio que había a esas horas, cuando la oscuridad era inmensa y ni siquiera la más mísera luz del pueblo se divisaba.

—¡Tué-tué-tué-tué-tué-tué! —oí tan claro que los pelos se me erizaron y no atiné más que a gritarle a Andrés.

—¡Andrés!, ¡Andrés!, ¡un tué-tué! —le dije— ¡Qué hago!

—Cállate, huevón —me dijo sin signos de dolor. Incluso eso se le había adormecido con el miedo—. No le digas nada. Espera a que se vaya.

Para los que no saben acerca de ellos, los tué-tué son unas aves muy singulares que tienen una singular cabeza humana y unos singulares cuerpecitos de pájaro. Pues bien, ellos son los señores de Salamanca, los señores que debían invitarme a su cueva.

Entre el miedo de mi primo, la excitación por el momento y todo eso, solo traté de callarme, aunque el pájaro seguía dando su cantar y más nervioso me ponía.

Cabe destacar que articulan la palabra con su pico, (boca en realidad). De ahí su nombre. El nombre de tué-tué viene por la palabra que emiten al cantar.

—¡Tué-tué-tué-tué-tué-tué! —sentí de nuevo con el batir de alas.

—¡Ándate, por la chucha! —le espeté—, ¡nadie te quiere aquí, viejo de mierda!

En eso sentí la voz de Rafael que llegaba.

—¡No! —exclamó— Disculpe, caballero —le dijo al ave—. ¡Ayúdenos con mi primo! Me pegué el pique por el camino y no encontré la ruta de vuelta. Ayúdenos a volver y le damos té en la casa. Hacemos lo que usted nos pida.

—¡Rafa, huevón, tonto de mierda! ¡Yo no pienso hacer tratos con esa cosa! —le espetó Andrés.

En menos de cinco minutos observamos una ligera luz en el sendero. Alguien se acercaba con la rapidez de un asno con carga.

—¡Ehhh! —le gritamos a un viejo caballero que traía un chonchón[2] en su

mano para alumbrar el sendero.

—¡Mijitos! —nos dijo—, ¿qué hacen por estos lados viendo que es tan peligroso?

Vi a un señor de cara morena, avejentada por el sol, sonrisa alegre y lo más súper conocida pero no sabía de dónde. En un principio creí que era el tué-tué en forma humana, pero luego me di cuenta de que no era así.

—¡Tué-tué-tué-tué-tué! —se sintió de nuevo.

—¡Cállate, mierda! —dijo el viejecito con aire gracioso.

En un principio no había notado que traía un segundo asno tras el primero, uno con un joven de más menos mi edad, alto, de pelo negro y piel pálida, buenmozo, ojos oscuros y un chaleco, ni comparado con el viejito que iba de poncho y chupalla.

—Váyanse con nosotros pues, cabritos —nos invitó el avejentado señor.

—Es que, ¿sabe?, un primo de nosotros se cayó por la pendiente y no sabemos cómo sacarlo —le dijo Rafael.

—¡Uy! —exclamó el señor— Saquémoslo entonces. Yo tengo una soga. Se la tiramos, que se la amarre y le hacemos palanca hasta arriba.

Así estuvimos y le dijimos a Andrés. Le dimos las indicaciones e hizo y acató cada orden, aunque le doliera la costilla.

Cuando estuvo arriba, lo montamos sobre un asno bien firme para que no se callera y para que no le doliera el caminar, porque para nuestra suerte, podía afirmarse en sus piernas, pero el dolor que sentía, decía ser insoportable.

El chico pálido, pero buenmozo se bajó del asno y se puso cerca de Rafael quien al mirarlo sintió un poco de extrañeza. Mi primo era encachado también, y por un momento pensó que el chiquillo era, no sé cómo expresarlo, que pateaba para atrás, y le había echado el ojo, pero no, al parecer era otra cosa.

El chonchón alumbraba bastante para ser solo un tarro de choros, vacío, con una vela encendida y un agujero al frente para que la luz señalara el camino.

Andrés de a poco comenzó a incorporarse y a ratos se reía con nosotros, a excepción del chiquillo ese que al rato empezó a darme mala espina. Rafael seguía nervioso, pero bueno, se había sacado el peso de

hacer el trato con el tué-tué.

Dicen que cuando uno los escucha hay que decir: martes hoy, martes mañana, martes toda la semana, para que no escuchen lo que se habla de ellos, o que simplemente se los invite a tomar té, y al otro día llega en su forma humana, eso cuentan los Salamanquinos. Como sea, el hecho fue que mi primo creyó haberse sacado el peso de ese trato de encima, aunque no fue tan así.

Cuando comenzamos a ver luz, bajamos por un cerro que daba a un terreno descampado, allí nos separamos y el viejito siguió ruta por una cuesta cerro arriba. No nos causó extrañeza ya que en los cerros también había casas y por esa ruta se llegaba a algunas de ellas, así que alzamos nuestras manos en señal de despedida y poco a poco solo quedamos en compañía del silencio y de nuestra sola presencia.

Andrés trató de caminar, y para sorpresa nuestra su dolor había desaparecido.

—¡Flojo de mierda! —le dijo Rafael— Te hiciste el huevón para no venirte caminando.

—No, no, no —farfulló Andrés—. Te juro que no.

Como sea, el hecho fue que arribamos a la casa y cuando llegamos, Carlos, nuestro baterista, nos retó como nunca por haber desaparecido tanto rato. Antonio, el bajista, nos dijo que de ser por él no hubiéramos vuelto, es más, la puerta estaba abierta por si queríamos volver a salir (bromeando obviamente. O eso creo), aunque el hecho de haber visto la puerta abierta cuando nos cercioramos de cerrarla nos dejó cierto ademán de extraño. Rafael se apresuró a ver si alguien rondaba la cercanía al interior o al exterior de la casa donde alojamos aquella semana y al no ver a nadie, la cerró de nuevo.

—¡Pum, pum, pum! —se escuchó apenas la puerta estuvo cerrada.

A cada uno se le erizaron los vellos del cuerpo. Todos y sin excepción. Rafael simplemente atinó a abrirla nuevamente sin miedo, o por lo menos simulando no tenerlo. Al abrirla no vio a nadie, de modo que se alejó de la puerta, desosegado y con cierto temor interno, casi imperceptible a nuestros sentidos.

Nos dimos un baño (en forma separada claro está), y luego de eso nos acostamos. Eso sí lo hicimos en la misma habitación, había solo dos camas, una de plaza y media para Andrés y en la de dos plazas, dormíamos Rafael y yo, aunque de una forma desagradable porque él

roncaba y yo me daba demasiadas vueltas en la noche a causa de sus ronquidos.

—¡Tic, tic, tic! —sentí en el vidrio de la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrés, quién también oyó aquel silencioso ruido.

—No sé —le dije irguiéndome de la cama.

De nuevo el mismo sonido.

—¿Qué huevada pasa? —inquirió Andrés.

—Corre la cortina, pasado a mierda, así a lo mejor puedes ver algo —le dije.

Lo hizo, pero no se vio nada. La más mísera criatura o rastro de algo sobre el vidrio.

—¡Pam, pam, pam! —en la puerta de la habitación y tan estrepitosamente que esta vez Rafael también se irguió sobre la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado, incorporándose al suceso.

Las voces del resto de las personas del grupo se sentían en la casa y la puerta de la habitación que seguía sonando.

El bajista nos habló y creímos que era una broma de ellos. Tratamos de salir, pero la puerta había quedado trancada, gritamos y sin más, Rafael la derribó de una patada.

—¿Qué huevada? —preguntó Carlos, el baterista—, ¡qué arman tanto escándalo el trio de amigos!

Don Osvaldo, uno calvo que tocaba el acordeón nos regañó:

—¿Creen que estamos para su hueveo?, pues fíjense que no, cabritos. Miren, ya son las tres de la mañana, ustedes están cansados, nosotros estamos cansados, y todavía nos quedan dos matrimonios donde tocar este fin de semana. ¡Paren su hueveo y déjennos dormir!, ¿entienden?, ¿o les hago un dibujito?

—Pero, don Osvaldo —le dije buscando arreglar las cosas.

—¡Nada! —espetó.

En ese momento, la puerta sonó tres veces más, con cierta parsimonia de misterioso ademán. Don Osvaldo ahogó sus siguientes palabras y se volteó lentamente.

Todos miramos la puerta en silencio hasta que Rafael se decidió y la abrió con cuidado.

Era el chico que andaba con el viejo que nos ayudó cuando buscábamos la cueva de Salamanca. El chico pálido de mirada extraña.

Entró cauteloso, con un poncho plomo y una chupalla de paja.

—Pasa —le dijo Rafael.

—Hola —saludó levantando un poco la vista, aunque dejándola semioculta bajo la chupalla.

—Hola, huevón. Nos asustaste, nosotros creímos que eras...

—Usted me invitó —dijo el joven—. Me invitó a tomar té —agregó sacándose la chupalla de paja.

Todos nosotros quedamos perplejos ante ello. Creíamos que era un juego, hasta que la seriedad en el rostro de aquel joven nos demostraba que no era así.

Era él.

Siempre fue él, y lo noté porque en ese instante, sus palabras me congelaron la sangre.

Una vez que el muchacho se hubo bebido el té, miró a Andrés por entre Rafael y yo y simplemente le dijo que ya no le dolía nada, pero que tuviera cuidado para la próxima vez, que no lo iba a estar cuidando siempre, que huevones hay en todos lados, pero como él, ninguno.

Su mirada radiaba cierto temor. No me había percatado, pero su ceja izquierda estaba marcada por una pequeña cicatriz que le volvía humano aquel rostro palidecido que había visto durante la caminata de vuelta a casa.

Cuando hubo terminado, le despedimos Jairo y yo, solo en ropa interior como nos habíamos levantado del susto, y Andrés con su pijama a rayas que tanto le gustaba.

Los tres creímos que era una broma de alguno de nosotros, pero no era así, aunque en una primera instancia ninguno tenía idea de nada.

Después de los casamientos en los que mi orquesta tocó en Salamanca, nos regresamos a Requínoa. Yo dejé por allá mis ardientes deseos de encontrar aquella cueva que tanto temor y excitación producía el solo hecho de encontrarla a quienes algo saben de ella, pero bueno. Teníamos unas trasnochadas enormes por los días de fiesta, más el viaje, de modo que cuando llegué a casa el domingo por la noche, solo atiné a darme un refrescante baño y a la cama.

Pimpinela, donde vivo, un sector de Requínoa un tanto tranquilo, me recordaba la estadía en Salamanca al mirar los inmensos cerros y senderos montañosos que rodean el valle. Me preguntaba incesante si algún día volvería hasta allí para esa vez, encontrar de una vez por todas, la tan nombrada cueva de los Brujos.

Durante la semana no pasó nada relevante, hasta la llegada del jueves.

—Bien muchachos —nos dijo Carlos, el baterista—. En Salamanca tuvimos tres tocatas de doscientos mil pesos, de modo que son seiscientos mil totales, divididos en los ocho músicos de la grupo, son setenta y cinco lucas[3] para cada uno —calculó y repartió el dinero correspondiente.

—¿Estamos? —agregó el representante del grupo— Yo les tengo otra noticia más.

—Diga —le dije.

—Tenemos otro trabajo.

—¿Dónde? —preguntó don Osvaldo poniendo su acordeón sobre sus hombros.

—En Machalí —subsano el director.

—¡Qué bien! —exclamé—, ¡más brujos!

Algunos se rieron, otros en tanto me miraron como si rieran tratando de olvidar lo que había ocurrido en Salamanca.

—¿Y entonces...? —pregunté.

—Hay que ensayar porque es otro matrimonio, y en este quieren música toda la noche, además, después del matrimonio tenemos vacaciones.

Todos miramos expectantes.

—Vamos a ir a la Reserva Nacional Río de los Cipreses. De Coya para arriba. Pasando por Cauquenes.

—¡Wow! —exclamé embobado.

—¿Y vamos por el día, o a quedarnos? —inquirió don Osvaldo haciendo sonar el cuatro cuarenta de las teclas de su cuncuna[4].

—A quedarnos, obviamente. Aunque las cosas se las traen de vuelta los chicos de staff.

—¿Ellos no van? —preguntó Rafael.

—Si van. Pero como saben, tienen que encargarse de las cosas primero.

—Está bien —dije.

—¿Ensayamos? —preguntó Rafa.

—Claro —contestó Carlos.

Así estuvimos la noche del jueves para que el viernes a primera hora de la tarde saliéramos a Machalí.

Machalí es un pueblito como el mío, y como tal, queda súper cerca, será acaso media hora, o cuarenta o cincuenta minutos de viaje más o menos.

Cuando llegamos a estirar las piernas para no acalambrarnos en la tocata, nos recibió un muchacho que me recordaba al salamanquino, pero este era un moreno pálido, de rostro misterioso pero un tanto más simpático, de voz ronca y ojos café oscuro.

—Pasen —nos dijo.

Al acceder, entramos en un enorme salón donde nuestros instrumentos estaban listos, donde el equipo de staff había arreglado todo y esperamos silenciosos la noche, cuando la ceremonia comenzó y la novia y el novio nos invitaron a comer, a tocar para su fiesta y pasarlo

excelente durante toda la noche.

Como orquesta, es terrible tocar toda una noche, porque te desvelas y al otro día duermes en el día y despiertas en la noche como si fueras un vampiro. Prácticamente te vuelves un maldito noctámbulo. Para nuestra suerte, ese día salíamos de vacaciones, de modo que al terminar la hora que decía el contrato (siete de la mañana), nos fuimos a los camarines que tenían destinados para nosotros, nos cambiamos ropa y como el sol ya estaba pegando fuerte, nos pusimos nuestros chores y salimos súper veraniegos a subirnos al furgón y emprender marcha más arriba de Machalí, al llegar a Coya y tomar ruta hacia Cipreses.

El periplo aquel, era un camino muy malhecho.

Un trayecto casi entero de tierra, y Cipreses, una localidad que queda entre cientos y cientos de cerros en lo más profundo de las montañas deslindando con kilómetros y kilómetros de cordillera albina, y para nuestra mala pata, el furgón estaba comenzando a quedar varado debido a lo empinado de las montañas y la carga de todos nosotros, de modo que había que bajarse en algunas partes para poder seguir más adelante. El sol ya era sofocante y lo más extrañamente parecido a Salamanca. El camino de tierra, las pendientes, los pedreríos. Era escalofriante.

Al seguir el camino notamos que el polvo era demasiado. Pensamos incluso que, al momento de sonarnos, la mucosidad nasal iba a salir de un negro barroso a causa de la tierra.

Para muchos fue así.

Al llegar a la localidad, vimos que comenzaba un camino de asfalto (para variar solo unos metros, pudieron haberlo hecho todo el trayecto), llegamos al terminar el camino y observamos un inmenso portón con las iniciales: R.N.C, (Reserva Nacional Cipreses). Cuando entramos, pagamos lo que había que pagar, pasamos al baño, observamos un poco en el museo, la flora y fauna nativa y emprendimos marcha entre unas rutas muy bien arregladas con letreros y toda la cosa. Subimos y subimos por áreas verdes hasta un claro donde había parrillas, mesas, sillas y baños para poder estar cómodos, de modo que bajamos nuestros cachueros y mientras algunos preparaban un rico asado de comienzo de vacaciones, otros parábamos las tiendas para la noche, juntábamos un par de piedras para hacer una fogata, y así, poco a poco nos alistábamos.

No se veía mucha gente, pero de que la había, la había.

Cuando todo estuvo listo, comimos, y para pasar un buen rato, sacamos algunos balones, jugamos en unos inmensos campos verdes que

allí había, y a ratos nos mojábamos en las mangueras gigantes con que regaban el pasto.

En la tarde, don Osvaldo, Rafael y yo nos dimos un tour por un sendero hasta lo más arriba que pudiéramos llegar, encontramos una cascada y nos topamos con algunos amigos del matrimonio, nos saludamos, sacamos fotos y en eso, sentimos el cantar de él, un graznido paralizante.

—¡Tué-tué-tué-tué-tué!

—Cállense, par de chistosos —nos advirtió don Osvaldo poniéndose el dedo índice en la boca.

Rafael y yo solo asentimos con la cabeza.

Cuando el aleteo desapareció junto con el canto, nos devolvimos y la noche nos cayó encima.

Había baños en perfecto estado, y las duchas que parecían las de una mansión, con la única mala suerte de que el agua era helada, y yo soy de esos a quienes gusta el agua fría, pero para bañarme en la noche con ella, no. Tenía que ser mucho el calor para que me bañara con la gélida agua montañosa, pero como esa noche no lo hacía (porque estábamos en la cordillera), no me quedó más que resignarme y entrar, aunque se me enfriara la sangre de todo el cuerpo.

Al salir, algunos otros se bañaron (aunque había tres duchas en total), nos juntamos en la fogata y comenzamos a cantar, las cosas típicas que uno hace en esas ocasiones.

Todo se veía tan lejano, tan pasado.

—De corral voy a Valdivia, mientras se duerme la tarde—cantábamos alegres.

—Yo me pondré a vivir en cada rosa y en cada lirio que tus ojos miren —cantamos después.

Yo tocaba la guitarra (toco muchas cosas), y don Osvaldo el acordeón. Al rato nos decidimos a tocar algún corrido o cosas así, pero en vez, salió un tema completamente distinto:

—There's nobody here to tell us a joke —estábamos alegres, y uno que otro pasado de copas.

Rafa y Andrés por su lado, estaban completamente ebrios. Casi botados con sus cervezas en las manos, pero de todas formas seguían

cantando.

Hubo un instante en el que sonriendo, miré la mesa donde habíamos comido aquel día, estaba fuera del alcance de las llamas de modo que se veía bastante opaca. Observé algo que me llamó la atención y que era casi como un rostro humano que nos observaba penetrante. Miraba y trataba de identificarlo, pero no se me ocurría nada. Fue cuando el rostro del chiquillo de Salamanca se me vino a la cabeza. En ese preciso instante observé que salió volando a mi vista y paciencia, pero oculta de la visión de todo el resto de los que allí estaban.

—¡Tué-tué-tué-tué-tué-tué! —cantaba el muy maldito haciendo que los pelos se me pusieran casi de puntas.

Su cantar era abominable.

Rafael lo escuchó y el miedo lo hizo ponerse sobrio nuevamente.

—¡Por la mierda! —exclamó Antonio, el bajista mientras sorbía un poco de té.

—Callados, callados, callados —farfulló Carlos, el baterista mientras el cantar del tué-tué se seguía oyendo.

—A la chucha —espetó don Osvaldo rebuscando en una bolsa.

De allí, sacó un pequeño salero, lo abrió, y se echó un montón de sal en la palma de la mano.

—¡No, Osvaldo! —advirtió Antonio— ¡Tú sabes que te va a traer consecuencias!

Caso omiso de toda palabra.

—No me importa.

Tras estas palabras, don Osvaldo echó el puñado de sal en la fogata. Un penetrante olor a plumas quemadas se sintió en el ambiente, se alzó una llamarada azul a causa del sodio y un grito de desesperación y auxilio aulló en nuestros oídos. Como si te clavaran el corazón lentamente con un punzón ardiendo.

El tué-tué se dejó de sentir y un batir de alas nos asustaba al sentirse caer desde el cielo.

El nombre se siguió escuchando un rato más tarde, pero en tierra. Don

Oswaldo con su acción, lo había tirado al suelo.

Cuenta la gente vieja que cuando el tué-tué anda volando, la única forma de botarlo del vuelo es echándole sal al fuego, acción que el señor «no me importan las consecuencias» tomó como iniciativa, y allí la acción verídica, pues el pájaro había caído. Ya no volaba, y para peor, había caído y se escuchaba súpercerca.

—¡Levántelo, don Oswaldo! —le dijo Carlos.

—No pienso levantar a ese pájaro de mierda. Tiene que irse de aquí.

—Levántelo y dígame que se vaya.

—No, ni una huevada.

El tué-tué seguía cantando.

En la noche, Rafael estaba durmiendo en mi tienda (siempre dormimos juntos), y entre las tres treinta y un cuarto para las cuatro, me habló para ver si estaba despierto.

—Sí. Ese pájaro huevón no me ha dejado dormir —expliqué.

—A mí tampoco.

—¿Levantémoslo? —le propuse.

—No, ¿estás falto de cordura?, me da miedo. Y no sé cómo se hace.

—Tienes que rezar tres Ave María, y el pájaro sale volando.

—No. Igual no quiero. Después va a venir para acá.

Sin hacerle caso a mí primo, recé los Ave María correspondientes y dije al aire:

—Dime quién eres, o si te conozco.

Tras ello, el pájaro que don Oswaldo había botado salió a vuelo, y en un abrir y cerrar de ojos estábamos durmiendo de nuevo. Sentíamos piedritas en la carpa cuando despertamos faltando diez para las seis y el sol ya alumbraba un tanto.

Cuando salí, observé a un muchacho de piel blancuzca y pelo lizo,

además de una pequeña cicatriz en la ceja izquierda.

—¡Tú! —le dije.

—¿Por qué mierda me botaron? —me espetó sin mirarme.

—Nos asustaste, ¿qué querías?, ¿que te aplaudiéramos?

—No era razón para echarle sal al fuego. Ese pelado me las va a pagar. Me las va a pagar. ¡Pelón, cabeza de testículo!

Reí en ese momento. No lo niego.

Conversar con él me producía cierta intranquilidad, como si estuviera corriendo peligro, pero me dijo que no era así, que no me iba a hacer daño, después de todo había salvado a Andrés la semana recién pasada.

—¿Y qué hacías aquí? —le pregunté.

—La cueva de Salamanca se mueve —me dijo—. Tiene muchas entradas y salidas. Idas y venidas.

—¿Hay alguna aquí? —quise saber.

—Sí, pero no puedes ir.

—¿Por qué?

—Vete a dormir.

Le hice caso y me fui, aún cuando deseaba seguirle preguntando más cosas.

Cuando entré en la tienda, lo sentí caminar, y al rato, el típico tué-tué-tué-tué... ese que para los pelos del miedo.

Pensaba en las entradas y salidas de la cueva de Salamanca. En eso de que se mueve y que tiene muchos lugares por donde entrar, de modo que traté de pensar en el chico, cómo para llamarlo, pero lo único que obtuve fue un sueño pesado.

Lo observé a él, bailando con una mujer de su misma edad más o menos. Vi a muchos jóvenes en realidad. Parecía una fiesta de esas que organizan los amigos y al rato está lleno de muchachos de entre tu dad y

algunos años más.

Unos bailaban, otros comían, algunos se besaban, y ya más entrando en la intimidad cálida de que todos te vean, algunos tenían relaciones sexuales entre la multitud, mujeres agachadas frente a hombres guapísimos (imagínense ustedes haciendo qué), otras, frente a ellos pegados a base dé, otros recostados en sillones y bla, bla, bla.

Comencé a buscarlo a él, pero lo único que fui encontrando fue a gente adulta que no hacía más que comer y conversar de ganado, de caballos, de vacas, de corderos. Algunos sostenían en sus manos lo más hermosos cubiertos de oro y plata que jamás hubiese visto, y entre el gentío, un hombre que metía algunos en sus bolsillos. Era don Osvaldo.

De la nada salió de la cueva y para su sorpresa lo seguí, lo acorralé y lo acusé de ladrón. Me dijo que no tenía nada, no le creí y metí mis manos a sus bolsillos para encontrar una tibia humana de bebé de no más de cinco meses.

Era pequeña. Estaba aún en estado de descomposición y don Osvaldo dio un grito del demonio.

Rafael y yo nos despertamos de golpe, y con las escenas de sexo en el sueño, desperté con mi miembro erecto, algo que a Rafael no le importó, pero con lo que sí me molestaba seguido, diciendo que me había aprovechado de él porque estaba ebrio, a lo cual yo contestaba que, de ser por eso, no estaría sentándose sobre su trasero. Pero bueno.

Así como andábamos, nos dirigimos a la carpa de don Osvaldo que estaba cerrada en su totalidad, tratamos de abrirla, pero solo podía abrirse por dentro y el hombre estaba tan choqueado que solo nos quedó cortar el contorno para que pudiera salir.

Cuando estuvo casi listo el corte, él empujó el plástico hacia adelante y salió corriendo a gatas, como pudo, y respirando tan dificultosamente entrecortado, que apenas sí se le entendía el que dijese que quería irse en ese momento. Que quería irse ya.

Al asomarnos, la tibia de mis sueños estaba sobre el saco de dormir del viejo, en estado de descomposición, llena de larvas y con algunos deditos del pie, como el anular, medio y meñique. Se veía el tobillo y el olor también acompañaba.

—¡Quién fue! —preguntó choqueado. Transpirado. Entrecortado.

Me quedé cayado. Tiré de la polera de Rafael y lo miré.

Creyó que había sido yo, y se culpó. Don Osvaldo le regañó como nunca y luego Rafael a mí.

—¡Rafa! —exclamé cuando estábamos en nuestra carpa—, yo no hice nada.

—¿Y por qué me dijiste que fuiste tú?

—No te lo dije. Solo te miré, porque...

—¿Porque...?

—Porque soñé con esa huevada.

Ante eso me miró, sus ojos se salieron de sus órbitas y simplemente me abrazó.

— ¿Qué huevada pasa?

—No sé. Pero de que está raro, está raro —afirmé.

Desde ese día, miles de cosas comenzaron a suceder, tantas que no podría explicarlas o contarlas todas. Todo por meter mi nariz donde no me llamaban.

Existen muchas cosas en el mundo, querido lector, y si te soy sincero, este maldito purgatorio solo es el comienzo, y me atrevo a decirte con toda seguridad, que incluso existen cosas peores que la muerte. A partir de ahora ya no estarás seguro ni dormido ni despierto. Ya ni vivo, ni muerto.

Sin duda no te dio miedo...

¿O sí...?

Buenas noches.

GLOSARIO

[1] Corta: orinar. N del A.

[2] Chón chón: lámpara casera que consiste en una lata abierta en un costado y una vela por dentro. N del A.

[3] Lucas: término para referirse a los billetes de \$1.000 \$2.000 \$5.000 \$10.000 y \$20.000. N del A.

[4] Cuncuna: en esta ocasión, referencia al acordeón. N del A.

Capítulo 3



De haber sabido lo que pasaría

créname que no lo hubiese hecho.

Todo comenzó aquella noche de verano en la que los siete personajes de esta historia nos encontrábamos casi embriagados a causas del whisky barato que habíamos comprado para aquella acampada. Nos hallábamos lejos de casa, casi a orillas de un río que en plena montaña y a más de cuarenta kilómetros de la civilización, en medio de bosques y senderos

perdidos, los viajeros conocían como el «Paso del concón.»

Casi embriagados como mencioné, y con una sogá de seda de unos sesenta o setenta centímetros en mis manos, esta historia se dio.

Jugando con ella a orillas de la fogata, observaba las pequeñas brazas que sobresalían, y pensando en qué hacer para que la noche fuese interesante, me decidí contar aquella vieja historia que mi abuelo se atrevió a contarme cuando yo era apenas un mocoso.

—El loco Cabrera —comencé—, fue un ovejero de donde vivo... que conste, la historia no da miedo, pero sí es interesante —aseveré con malicia.

—¡Ya, ya!, sin rodeos, cabro chico —dijo don Osvaldo, llenándose un choquero con licor.

—Bueno, pues...el loco Cabrera era un ovejero de donde yo vivo, aunque vivió hace cuánto —miré a Antonio, uno de los adultos con los que fuimos al viaje—. ¿Cincuenta años? Estaba casado y tenía un niño con su mujer.

«Un día, dispuesto a llevar a su rebaño hasta el rincón del guindal, más o menos a tres kilómetros de aquí, se decidió a salir temprano de casa, y partió junto a su hijo. El niño, dicen que tenía entre doce y trece años, y entre controlar a las bestias y esperar al pequeño, el viaje lo dejó exhausto, tanto, que se vio en la obligación de detenerse aquí —aludí al lugar alzando mi vista hacia las copas, mientras, los demás hacían lo mismo—. Acamparon con las ovejas pastando por el lugar y en la noche, sin tener idea de por qué, mientras su hijo dormía, se acercó a él, tomó un tizón que había sobre el fuego y lo clavó sobre su frente —algunos chicos hicieron muecas de dolor—. El número seis quedaría marcado sobre la piel del pequeño si lograba quedar vivo después de tanto forcejear contra su padre, y si es que el llanto lograba regresarle la consciencia. Los gritos y patadas no cesaban, y el tizón seguía en la frente del pequeño, aunque como pudo, se zafó y trató de huir a la oscuridad que abrigaba al «Paso del concón» pero, de nada le sirvió. El loco Cabrera lo alcanzó de igual manera, lo sostuvo un instante y así el pequeño se encontró frente a frente con el cuchillo que degolló su garganta y lo desangró hasta morir. El sujeto por su lado sin bastarle lo que había hecho, mutiló a su propio hijo y lo tiró a las brasas que aún ardían.

Cuando se dio cuenta del crimen que había cometido, lo invadió más profundamente la locura. Como una peste que azota sin piedad cada rincón de tu cuerpo, carcomiéndote la cordura lentamente para que sientas la culpa de tus endemoniadas acciones.

Con el arma aun empapada en sangre fue cortando su cuerpo de a

poco. Estaba completamente desquiciado. Borracho de demencia.

Pareciéndole poco el crimen contra su hijo, mientras se cortaba, una oveja se le acercó, la miró, y sin piedad hundió el cuchillo sobre su cuello.

El suave pelaje felpudo blanco se tiñó de rojo, y así, una a una arremetió contra las catorce ovejas que llevaba».

—¿Y esa es la historia? —preguntó Ignacio, un amigo.

—Tenías razón —dijo Elena, su novia.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—No da miedo —agregó Humberto, otro amigo.

—Se los dije —recalqué levantando los hombros.

—¿Y qué pasó con el tipejo ese? —inquirió don Osvaldo.

—Como no llegó a casa, se organizaron tres cuadrillas[1] para buscarlos. Pero nadie los encontró. Parecía como si se los hubiera tragado la tierra. No sabían nada —dije—. Absolutamente nada —enfaticé en ello.

Para haber sido una historia corta y que no asustaba, la intriga los consumió.

—¡Vamos! —exclamó don Osvaldo—, algo más tuvo que haber sucedido, cabro chico.

—Sí, bastante mala tu historia, pero algo más tuvo que pasar, ¿no?
—añadió Cristóbal, mi primo.

Antonio notó que yo aún jugaba con la soga de seda. Me miró inexpresivo y añadió:

—Este huevón si sabe que pasó después, ¿cierto?

Lo miré y asentí.

—Una cuarta cuadrilla salió en busca de los dos...

—¿Pero los encontraron, o no? —interrumpió Ignacio.

—¡Shhh! —chitó Cristóbal.

—Aquí solo encontraron al niño... y las pobres ovejas mutiladas. Supusieron que el loco Cabrera por ahí andaría. Aunque por el estado de

descomposición en que se encontraban los cuerpos, ese terrible hedor y la carne carcomida por las avispas, pensaron que ya se encontraría lejos del «Paso del concón».

«Aunque eso no era suficiente, sospechaban que algo más había ocurrido. Recorrieron el lugar hasta lo más profundo, donde el estero recubre la única vía para salir y por donde ni si quiera la luz del día puede entrar.

—¿Se escondía ahí? —preguntó Elena.

—Estaba ahí —asentí—. Solo que no se escondía.

—¿Cómo? —preguntó Humberto.

—Estaba sobre la nada. Levitando sobre el agua sostenido por una horca que pendía sobre la gruesa rama de un sauce llorón. La frescura y sequedad habían mantenido alejadas a las avispas y solo las llagas y cortes que tenía en su cuerpo daban a conocer su demencia.

«Parecía muerto hacía días, pero las heridas estaban frescas, y aun teñían de rojo las aguas del estero que desembocaba en esta quebrada. Parecía como... como si después de muerto se hubiera seguido cortando... o que muerto... después de muerto fue que se ahorcó —ahí fue cuando tiré la soga de seda sobre el suelo y un perfecto dogal del ahorcado se hacía en ella a los pies de la fogata que fulgurante ardía—. ¡Pero solo es un cuento, mis niños! —exclamé riendo, sin embargo, el silencio los consumía.

Los miré a todos.

—¡Bien! Si no les importa me iré a dormir... ha sido un largo día —agregué algo quejumbroso mientras me levantaba.

Así pues, uno a uno el resto se decidió a seguirme, aunque nadie, ninguno de nosotros sabía lo que pasaría luego. Ni siquiera yo, lamentablemente.

Habría pasado tal vez una hora y media después de apagar las linternas cuando Elena oyó la primera alerta. Una bandada de guairavos pasó por encima de la carpa, algo extraño puesto solían ser aves solitarias en esa época del año, y debía de ser mucha tu suerte para poder ver o escuchar tan si quiera uno.

Al no reconocer su canto, me despertó por ser quien más cerca estaba de ella, ya que Ignacio, su novio, entre ronquidos y oculto entre las

frazadas, era imposible que despertara aunque le pasara un tren de carga por encima.

—¿Qué es eso? —me preguntó asustada, clavándome las uñas en la espalda y las costillas.

Oí el cantar de las aves.

—Tranquila —le calmé—. Son guairavos. Unos pajaritos de este tamaño (habré mostrado veinte centímetros con mis manos).

—Bien —me dijo aún con cierto nerviosismo.

En eso, ambos nos volvimos a recostar, y allí fue donde el alma se separó de nuestros cuerpos.

Tras tocar nuevamente el suelo para dormirnos, el llanto claro y literalmente encima de nosotros, de un niño, nos levantó de un susto a los siete campistas.

Antonio, don Osvaldo, Humberto, Cristóbal, Ignacio, Elena y yo, nos erguimos ante bestial chillido infrahumano y entre improperios de miedo y excitación, nos acurrucamos contra una de las orillas de la carpa.

Solo nos había despertado. Pudo haber sido un sueño, pero los siete estábamos seguros de que había sido real. Los siete lo habíamos escuchado. Era imposible que los siete hubiésemos soñado lo mismo, ¿cierto?

Tras unos minutos sin volver a oírle y un poco más calmados, una oveja pareció balar fuera de la tienda, algo que nos pareció normal y que pudimos controlar, de modo que salimos los siete para que nadie quedase solo.

Se oía claramente el balar, pero no lográbamos ver al animal. Quizás donde se encontraba, pero la cosa era que la escuchábamos, aunque no lográramos verla.

—¡Estúpida cabra! —gruñó Antonio.

La fogata se estaba apagando. No alumbraba nada, y ahí el llanto infrahumano volvió a asustarnos. Se sintió como el silbido que te da la muerte y te anuncia la hora de morir, la hora de sucumbir entre sus manos y de no volver nunca más a ver la luz del día.

Quisimos entrar a la tienda, pero el balido de la oveja se acrecentó

pasando frente a ella.

—¡Papá! —oímos todos al mismo tiempo que se nos helaba la sangre que iba directo al corazón para darnos un paro.

La risa demente que bajaba sobre los árboles y que parecía inundar todo el «Paso del concón» aumentaba de la misma manera que las ovejas balaban y que el niño lloraba o llamaba a papá.

—¿Qué mierda pasa? —preguntó Humberto con el miedo impregnado en el rostro.

—¡Yaaa! —exclamó Elena—, si esta es una broma, es de pésimo gusto.

Las risas dementes, desquiciadas, locas, aumentaban más sus decibeles. Parecía que se estaban acercando. Se acercaban desde todas las direcciones. Nos tenían rodeados. No teníamos escapatoria.

—¡Andando! —dijo Antonio, quien nos había llevado hasta allí y había tomado de manera instintiva y valórica aquella decisión.

Una parvada de lechuzas pasó entre nosotros, y entre la demencia y el miedo, comenzamos a correr con unas linternas al frente. Sentimos un golpe sordo que no nos inmutamos en averiguar qué era y continuamos corriendo, pero las endemoniadas risas nos seguían hacia todas las direcciones. Nos tenían rodeados.

Escuchábamos claramente como los perros y gatos ladraban y maullaban desde los árboles, cómo las ovejas del loco Cabrera nos seguían, pues su balar nos seguía el rastro cual perro zorrero.

El pequeño lloraba y gritaba sobre los árboles como un mono aullador. Gritaba, y sus gritos de dolor nos perforaban los oídos a tal grado que sentíamos el tibio de la sangre recorriendo nuestros cuellos.

Habíamos llegado a un paso claro entre el «Paso del concón» y la ruta que nos guiaría hasta la Pirca, el sector más alto, donde se dividían los caminos entre el que nos llevaría de vuelta a casa, y el que nos guiara otra vez a ese maldito lugar.

Nos tiramos al agua y comenzamos a correr en ella, puesto que el estero no era tan profundo, el bullicio producido aquella noche nos hizo voltear y notar la clara luna que alumbraba la noche, mas no el «Paso del concón» que en aquel borde que separaba el río, ya había quedado atrás.

No nos quedamos a contemplar el paisaje, seguimos corriendo, aunque lo ideal en aquel instante hubiese sido contemplar la luna tal vez cinco segundos más, pero cuando nos dimos cuenta de todo, seguramente

ya era muy tarde.

La Pirca se divisaba, y al llegar allí nos percatamos de que, si los siete nos quedábamos callados, el silencio reinaba de no ser por tenue grillar melodioso que abarcaba la lejanía, aunque, al callarnos los siete, el terror nos invadió mucho más al saber que solo había seis, y uno de nosotros se había perdido por ahí, entre tantos senderos que separaban nuestro destino con el destino fatal del que veníamos.

—¿Y Humberto? —preguntó Antonio— ¡¿Berto?!, ¿Dónde está Berto? —me preguntó desesperado, alzándome los hombros.

—No lo sé —respondí—. Tú eres su padre. ¿No ven...?

—¿Qué? —inquirió Elena un tanto asustada— No... No... ¡Noooo!, ¿Dónde está?

Claro. Solo había seis allá. Humberto quizá donde estaba.

La noche nos abrazó, y entre debates sobre volver, dejamos que Antonio regresara solo en la desesperada búsqueda del séptimo miembro del grupo. Yo no iba a volver a encontrarme con la muerte. Menos por él. El resto tampoco lo haría.

La paternidad fue superior y eso estaba bien, pero no por eso el resto nos íbamos a arriesgar a que la muerte nos mirara a los ojos o nos hiciera perder la cordura y hacer que nos destruyéramos uno a uno. No. Por supuesto que no.

En mi interior sonreía. Era gracioso.

El día volvió a caer, pero parecía todo oscuro al no haber luces de Antonio ni de Humberto. Había que volver, de modo que partimos. Teníamos que recuperar algunas cosas y, con la luz del día nos sentíamos un poco más seguros.

El borde del río que separaba el «Paso del concón» estaba frente a nosotros, pero ninguno esperaba ver lo que ahí dentro encontramos.

La tienda estaba tal cual.

Así la contemplamos hasta que una gota húmeda cayó en la frente de Elena. Una gota húmeda y tibia. Una gota húmeda, tibia... y roja.

El cuerpo inerte de Humberto estaba suspendido en el aire, con su pecho al descubierto y varios cortes hechos con navaja. Un dogal del

ahorcado abrazaba su cuello tiernamente y reconocí el trabajo de mis manos. Reconocí el trabajo que había hecho. El hermoso nudo que habían fabricado mis dedos aquella noche. Era el dogal que yo había hecho cuando conté aquella gran historia.

No había rastro de Antonio, o por lo menos hasta ver la carpa por dentro.

Un charco de sangre salía de su yugular.

Posiblemente la desesperación de aquella brutal escena le marcó la vida, marcó agonía y le arrebató las ganas de vivir, como Tánatos se la quita a los vivos. Las Moiras cortaron su hilo de la vida y allí quedó tendido... todo por mi culpa, todo por haber contado esa historia. Todo por haber contado esa estúpida pero gran historia.

En pocas palabras... siempre yo soy el culpable.

El concón, es un ave no muy típica y que muy pocas personas conocen. Su peculiaridad se basa en que puede articular más de un sonido, como el ladrido de un perro, el maullido de un gato, el llanto de un niño, o la risa de un hombre.

Sin saber nada, y al quedar solo en la oscuridad, la desesperación se apoderó de él, y el dogal que yo había hecho se encontraba allí como la única salida posible para dejar de oír las penumbras del loco Cabrera, una leyenda inexistente, inventada para asustar a los viajeros que no saben de la existencia del concón, de aquella ave que comparte parentesco con las lechuzas, y que articula incluso tu voz, una vez que la oye.

La pena y la rabia de un padre fueron también su trágico final.

La Muerte, querido lector, es algo Inevitable.

Capítulo 4

Cuando te sientas solo, recuerda que siempre puede haber algo bajo tu cama.

Recordar no es lo mío, querido lector, pero si te soy sincero, debo contarte sí o sí lo que me sucedió hace tantos años ya. Esa tétrica noche otoñal cuando la lluvia tintineaba sobre mi tejado y la fiebre me hacía mojar los calzoncillos. Yo era apenas un chico, y el resfriado me hacía sonar el moco cada vez que respiraba. Lo recuerdo como si fuera ayer.

Sí, con tanto cariño como si fuera ayer.

Siempre me gustaron los payasos, ¿sabes? Me encantaba ir a los circos y reírme a carcajadas cuando ellos salían y con sus colores comenzaban a hacer del espectáculo un mundo feliz. Tanto así, que mi madre me había comprado una pequeña figurilla de trapo hacía un par de semanas, cuando el último circo había partido del pueblo y antes de que aquel estúpido resfriado entrara en mi cuerpo.

Te hablo de cuando tenía apenas unos ocho o nueve años. Ahora ya tengo un par más. No nos fijaremos en los doce años que ya han pasado, sólo imagina esta historia con los ojos de un crío enfermo y asustado ¿sí?

La figura del payaso yacía en sobre un viejo mueble de mimbre en mi habitación. Lo recuerdo porque siempre al quedarme dormido la luz de la calle le alumbraba y solía contarle los botones de pompón lanoso. Eran tres. Se los contaba cantando hasta que los ojos me pesaban, pero aquella noche de lluvia sólo podía mirar sus ocelos que cada vez que la luz de los relámpagos se filtraba en mi habitación, se transformaban al azul eléctrico. Dos ojos azules cruzados por unas finas cejas negras y una cara tan blanca como la nieve. Su pelo me divertía, pero no sé si a causas de la fiebre o qué, me parecía como la cabellera de un lunático. Ese pelo y nariz tan rojos como la sangre me habían puesto inquieto. Bastante, bastante desosegado.

Estaba al punto de salir corriendo y dormir con mis padres, pero papá seguramente me hubiese llevado de vuelta a mi habitación agarrado de las patillas y me habría dicho que ante cualquier miedo debería comportarme como lo que era, un hombre.

La sonrisa de aquella figura me incomodaba. Tenía la impresión de que me estaba sonriendo a mí. De que en serio me sonreía a mí.

Me tapaba la cara con las sábanas, pero la fiebre y el calor me hacían destapar a los segundos después. Me estaba incomodando en serio.

Recuerdo que imaginaba para mí mismo a los payasos de los circos que habían pasado por el pequeño poblado y de cuantas veces me habían hecho reír y así evitarme seguir pensando en la maldita figura que me miraba a mí.

La fiebre ardía en mi frente y a cada momento parecía ser que mi cabeza explotaría. Sentía el tronar de los relámpagos y las ramas de un viejo sauce llorón golpeándome la ventana. No sé si alucinaba o qué, pero todo parecía ser parte de un mundo onírico del cual estaba siendo mi propio prisionero. Quería salir huyendo de la desesperación que el dolor de cabeza y la fiebre me producían, pero por sobre todo, quería huir para dejar de ver aquella fantasmagórica imagen circense que ya me tenía lo bastante asustado estando solo sentado en el mueble de mimbre como para que mi mente me comenzara a jugar malas pasadas y empezar a imaginarme cosas.

Hasta ese momento creía que podía controlar el miedo. Y lo estaba logrando. Pero de igual manera pensaba en que no sería capaz de seguir soportando. Tal vez, solo tal vez, el miedo comenzara a controlarme a mí.

Veía las luces del camino filtrándose y alumbrando aquella vieja imagen de payaso. Lo veía saludarme con la mirada y pronunciar mi nombre articulando levemente su pequeña boca roja, como manchada de vino, de sangre.

—¿No me saludarás, pequeño? —me preguntó alzando su minúscula mano al aire mientras un relámpago dejó ver su luz en mi habitación.

Una vez que hube asumido que aquello había sido real, todo en el lapso en que la luz del relámpago se hubo esfumado, me olvidé de mi resfriado y de mi fiebre, alcé mis piernas contra mi pecho y me lancé hacia el respaldo de mi cama.

—No escaparás de mí, pequeñín —dijo en falsete mientras que mis ojos terminaban de revisar la habitación sin encontrar ni rastro de él.

—¡Cállate! —le espeté.

—¡No escaparás de mí, mocosito! —gritó al instante con voz ronca, horrorosa, amenazante.

Comencé a sentir el frío recorriendo mis pies y mi espalda. La ventana de mi habitación estaba abierta y entonces comprendí lo que quería conseguir. Quería verme de pie. Quería que me levantara, pero no lo haría. Había desaparecido para luego abalanzarse como un cazador sobre su presa.

—Levántate, pequeño. Hazlo —me susurró desde todas direcciones con voz divertida y demente.

—¡No! —grité yo.

—¡Hazlo! —exigió furioso. ¡Cielo santo!

Los relámpagos se acrecentaban. Las luces invadían mi habitación para marcharse al instante y no dejarme ver con claridad lo que debía observar en ella.

Un trueno quebró el silencio de la recámara y mi mente pareció volver a estar tranquila. Parecía decirme «Todo ha sido un sueño. Tranquilo. Solo lo haz soñado», pero otra parte de mi me decía que debía estar atento. Muy, muy atento. Pero estoy seguro de que todo aquello había sido un sueño. Nada más que un mal sueño.

—Sueña conmigo —me dijo el payaso susurrando en mi oído—, y desearás no volver a dormir —gritó luego, irascible.

De ese momento solo recuerdo haberlo tomado, haberlo arrojado contra la ventana y que esta se había quebrado en miles de pedazos en tanto mi voz crujía al viento, rompiendo las barreras de mi realidad con la de mis peores fantasías proyectadas en aquella figura infrahumana nombrada por el mismísimo escalafón de demonios: Albert.

Mi madre se asomó en aquel instante y encendió la luz de la recámara.

En cuanto a ese momento, estoy seguro de que fue real y que sí estaba despierto cuando entró y no observó nada más que a un crío asustado, arrinconado en una esquina de la habitación, con la fiebre que más no daba y todo meado. Recuerdo que estaba meado y que la mancha amarillenta sobre el suelo costó quitarla de las tablas, pero sí se pudo. Mi recordatorio de aquella tediosa noche llena de tinieblas lanzada a mis pensamientos por el mismísimo Íkelos.

Hoy lo cuento porque me he cambiado de casa. Ya no vivo con mis padres y entre estantes llenos de cajas, he encontrado a Albert.

Ya no me asusta, y si piensan que sí, pues están muy equivocados. Lo he botado a la basura antes de llegar a este lugar lejos de cualquier

payaso de botones pomposos anaranjados, de miradas maniáticas y risas dementes. De cabellos revoltosos y narices rojas. No, aquí ellos no existen. Aquí solo existe la realidad de que nada de ello es real. Nada. Simplemente nada.

—Sueña conmigo, pequeño. Sueña conmigo —me susurró desde bajo la cama.

Capítulo 5



El cálido verano de aquel año, es uno de los pocos que persiste en mi memoria gracias a uno de los sucesos más impactantes que he presenciado desde que mi mente se ha comenzado a ver un poco más

repuesta de mi esquizofrenia. Y que conste; no por el hecho de tener esquizofrenia quiere decir que todo lo que estoy a punto de relatarte es falso, o creo haberlo vivido, presenciado. No. No fue a causas de un delirio mental que vi cómo ante mi sucedió la peor matanza de mis cortos años. Te juro que todo es tan real, así como tú o yo, o tan real como las páginas que tienes entre tus manos.

Mi familia no es precisamente una familia de dinero, aunque sí reconozco que tenemos, o teníamos, lo suficiente como para alquilar una casa cerca de un grandioso estero en «Las tres almas», un área montañosa de tres colinas gigantes sobre las cuales baja «El Calabozo», el estero del cual les hablo.

No crean que aquel nombre viene de algún suceso delictivo o cruelmente tortuoso que los años han pasado de boca en boca, por favor. En serio. Aquel nombre tan bien merecido lo obtuvo por la dificultad para poder bajar a él debido a la cantidad de senderos rocosos y montañosos sobre los cuales pasa y que evitan que algunas personas puedan bajar, y ahora que lo pienso, desearía que nosotros hubiésemos sido lo suficientemente incapaces para no haber llegado allí.

La casa se encuentra a casi kilómetro y medio de la pendiente más cercana para poder bajar al Calabozo, y de la pendiente más accesible, de modo que Roberto, mi primo mayor, Facundo y yo, partimos ese fin de semana luego del almuerzo para irnos un poco más arriba, cerca del paso de «Las orquídeas», un peñasco de muerte guiado por una angosta ruta llena de moras y orquídeas amarillas y rojas.

Ese lugar me daba calosfríos, pero no podía comentarlo frente a mis primos ya que me hubiesen molestado hasta el cansancio.

Un poco antes de llegar a la pendiente, por el pequeño camino por el que íbamos, notamos a un extraño hombrecillo que caminaba cojeando. Se sostenía el brazo izquierdo que traía casi a rastras y su cuerpo humedecido nos indicaba que hacía poco había estado en el agua. Su barba blanca y gris ceniza se veía algo enrojecida y su ojo derecho lo traía cerrado. No lo divisaba bien, pero no había que ser precisamente un genio para saber que algo le había sucedido. Que en serio algo muy malo le había ocurrido.

Cuando tomamos el peñasco de «las Orquídeas» para poder llegar hasta el Calabozo, piedra por piedra sentíamos que el rocoso y estrecho camino cedía y pronto estaríamos sumidos en un estero de barro y cuerpos inertes. Gracias al cielo, para nuestra suerte no fue así, o por lo menos no aún.

Tras caminar aún con lentitud, no noté cómo mi tobillo se enganchó en un pequeño brote de moras hasta que el tirón enterró las espinas y la

sangre comenzó a brotar silenciosa y sin prisa.

—¡Auch! —me quejé al sentir el dolor punzante.

—¿Qué pasó? —me preguntó Roberto girando lentamente para no resbalar de la piedra donde se encontraba y caer hacia una muerte segura. Me miró preocupado y el azul celeste de sus ojos me penetraba.

—Mi tobillo —dije agachándome y quitándome el estúpido brote.

—Solo son moras —rio Facundo—. Nadie se muere por un ataque de brotes de moras asesinas, niño citadino.

Facundo es (por si no lo notaron por su nombre), el típico joven de campo, musculoso, que se enorgullece de ser campestre, casi como un espécimen exótico, que corta leña todos los días, trabaja la tierra y conoce las parvadas de pájaros a diestra y siniestra sin siquiera verlos. No obstante, era un tonto sin cerebro.

Roberto en tanto era un poco más (aunque suene extraño), dulce.

Estábamos por desembocar en una de las orillas cuando oímos un chapoteo que nos causó impresión pues nadie más estaba ahí. El gran roquerío se encontraba donde el sol pegaba fuerte y donde la sombra también dominaba un gran terreno, razón por la cual nadar ahí era relajante y grandioso para quitar el frío o el calor, dependiendo de la temperatura del día y del agua.

Sin pensarlo dos veces, los tres nos desnudamos (casi. Roberto y Facundo eran hermanos, y se conocían de pies a cabeza, desnudos y con ropa. Yo no), entré en el agua para tantear la temperatura y el tibio de esta me escoció la pequeña herida que me había hecho ese maldito brote de moras.

—¡Puto brote! —exclamé al sentir el dolor.

Facundo y Roberto se rieron.

Se echaron un poco para atrás y caminaron cerca de unas rocas que tenían una pequeña mancha mucosa y resbaladiza de color verdoso. Facundo corrió sin notarla, de modo que al pasar sobre ella se resbaló cayendo al agua dando el azote con su pecho lampiño y su rostro de malcriado causando un estridente chapoteo.

Esta vez Roberto sí rio a carcajadas.

—¡Maldita lama! —exclamó Facundo al asomarse a la superficie y referirse

a la mucosidad verdosa de las piedras.

Roberto se tiró en picada, con sus nalgas blancuzcas y el resto de su cuerpo peludo.

Nadamos un rato, chapoteamos y sentimos lentamente como un zorro bajaba al lecho del «Calabozo» para beber algo de agua. Levantó sus puntiagudas orejas como percibiendo peligro y corrió loma arriba.

Allí fue cuando noté (creo, si mi pésima memoria no me falla), la primera señal de algo extraño en ese lugar, pues una mata de cosas como serpientes comenzaron a asomarse hacia las piedras. Unas cosas como pelo humado que serpenteaban en los bordes de las piedras, con una distancia de casi tres o cuatro metros de anchura en lo que a las orillas del estero se refiere. No le di tanta importancia ya que el pasto acuático lleno de tierra a causas de los chapaleos era común, pero ahora que lo pienso con más claridad, observé dos tenues colores en medio de aquellas lechosas matas de pelo. Solo blanco y negro, como una carpa color vacuno. ¡Exacto! Como la piel de una vaca grande que lentamente se movía y de la que despedían aquellos vellos serpenteantes.

Pendiente de ella no noté cuando el tirón en mi pierna me sumergió y tragué un poco de agua por mis fosas nasales. Sentí el grito de Roberto y Facundo y entre mi seminconsciencia observé como el cuero de vaca que había visto ya no estaba. ¿Había sido producto de mi imaginación?, ¿había sido acaso uno de los detestables ataques óptico-psicóticos de mí no aún detectada esquizofrenia?

Cuando hube salido del agua haciéndome mil preguntas, Claudia y Nora, mis otras primas, hermanas ambas, reían a carcajadas junto con Roberto y Facundo quienes no notaron que mi nariz había comenzado a sangrar. Me percaté de ello cuando sentí el cálido de la sangre paseándose por mis labios y al saborear con mi lengua, noté ese gusto metálico pero agradable de la sangre humana.

Consumí la mano en el agua y me soné la nariz para librarme de la estúpida sangre.

—Sí, sí. Muy gracias —dije a mis primas mientras me salía del agua.

—¡Oye! —dijo Claudia, la de la broma—, no es para que te enojas, Damián. No te salgas del agua.

—La presión —mentí sacándome otro tanto de mocos con sangre y arrojándolo al agua.

—¡Auch! —se quejó Nora.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Facundo.

—Algo me ha punzado —respondió ella.

Al salir del agua, notó un pequeño corte en su tobillo, igual que yo. Tenía un pequeño brote de moras que se quitó al instante. Seguramente se lo había pegado en la primera pendiente del río, por donde habían bajado para así nosotros no verlas cuando subieran nadando al estilo amnea y así poder hacer su estúpida broma.

—¡Malditas moras! —maldijo.

Tomó el brote y notamos cómo levemente comenzó a moverse igual que los pelos que brotaban en los bordes de las piedras.

—¡Pero qué demonios! —dijo al notar aquel inusual movimiento.

Tomamos el brote y sin más lo lanzamos al agua.

Facundo, Roberto y Claudia yacían nadando mientras Nora y yo los observábamos. Aquellos cabellos serpenteantes comenzaron a aparecer y esta vez Nora también los vio. Intranquilos observamos aparecer unos tentáculos en forma de folículos que, de alguna manera, al percatarse en que habíamos reparado en ellos, desaparecieron.

—Entren al agua —invitó Roberto.

—No —dije tomándome la nariz para verificar que no me siguiera sangrando.

—¡Vamos! —insistió Claudia.

—Me dio algo de frío. Tal vez luego —respondió Nora con el ceño fruncido, algo inquieta por lo que habíamos visto.

—Oye, no me manosees —dijo Claudia a Facundo quien más cerca de ella estaba dentro del agua.

Mi primo la miró incrédulo.

—No te he tocado —rio—. Tú no me manosees a mí —volvió a reír.

Claudia le miró seria.

—Yo no he sido.

Roberto se alejó un tanto.

—Si ustedes no se están manoseando, ¿entonces...?

Una pequeña mancha de burbujillas comenzó a salir del agua. Parecía como si un pequeño pez atrajera a una mosca para poder cenársela. Y eso era técnicamente lo que el navegante hacía. El cuero atraía a su cena. Tres primos nadando hacia lo que la curiosidad les incitaba a averiguar. ¿Qué era aquello? Hasta ese momento no lo sabía y ellos tampoco.

Facundo miró a Roberto y Claudia quienes tampoco sabían qué eran esas pequeñas burbujas. O por lo menos no quería pensar que eran reales.

—¿Roberto? —le dijo casi en un murmullo.

—¡Muchachos! —atiné a gritar cuando Facundo se consumió en el agua a causas de algo que desconocía.

Solo recuerdo que una gran mata de pelos salió del agua y se encimó sobre Roberto. Un cuero blanco y negro de grandes proporciones apareció del agua y junto a él una serie de pequeños brotes de mora silvestre que ondeaban. Facundo estaba entre ellos mientras los brotes carcomían su carne y la sangre teñía el agua y esta a su vez, el traje de baño de Claudia. Facundo gritaba, tal vez de desesperación, tal vez de miedo, tal vez de...

Aquel monstruo de pesadillas ondeaba sus tentáculos capilares sobre Roberto y Claudia. Sus músculos apretaban tanto que mis oídos sentían el crujir de sus huesos mientras el chapoteo del agua ahogaba el hecho de que nadie nos oiría. Nora estaba petrificada, y en lo que a mí concernía no podía quedarme a presenciar aquello, y tampoco podía ayudar a los chicos, de modo que solo hui. ¿Y quién en su sano juicio se hubiese quedado esperando tan abominable muerte?

El cuero se sumergía sumido en un fuerte abrazo producido por unas garras a modo de costillas que sobresalían de sus pliegues, junto a los cuerpos de mis primos, mientras yo corría empapado en sangre y sin notarlo, con un ojo azul celeste colgando de mi hombro. La mirada de Roberto cuando aquel brote se me enredó en el tobillo se me apareció de repente. Él tenía los ojos de aquel color. ¡Qué mierda era ese maldito animal, bestia o ser, fuera lo que fuera!

Cuando estuve lo suficientemente lejos como para mirarlo y sentirme a salvo, observé a Nora sentada en la piedra, contemplando el agua donde no había más que sangre y un surtido de astillas blancas, solamente

restos de huesos. ¡Sí!, huesos. En tanto, el cuero la miraba fijamente desde el agua, como un cocodrilo que observa a su presa; paciente, indetectable.

—¡Nora! —le grité.

Doblegó un tanto su cabeza como hipnotizada por aquella bestia, pero en cuanto me miró, aquel animal alargó sus tentáculos y se sumergió junto con ella.

El navegante se llevó aquel día tanto a mis primos como a mi cordura. Nadie me creyó el suceso. Ni siquiera mis propios padres, aunque ¿quién me lo hubiese creído si hasta el día de hoy, no se han encontrado vestigios de ellos?

Desaparecieron tanto de la tierra como del agua. Tanto su sangre como sus huesos. Incluso el ojo de Roberto, que solo sepa Dios donde fue a parar, porque cuando llegué a casa, solo, asustado, y empapado en sangre, ya no lo tenía encima.

Dije que soy esquizofrénico, y me han dicho que nunca tuve a tales primos, que aquel suceso ficticioso nunca aconteció, pero siendo realistas, ¿no sería más fácil inventarme una enfermedad a mí y decir que estoy loco, a afrontar la realidad que acabo de contarles?

Cuidado con el agua, porque el navegante... es real.

Capítulo 6

El calor dentro de la mina era insoportable. El sudor producto del mismo se nos paseaba en la frente haciendo del momento algo tan fastidioso como la tortura de la gota china al saber que debíamos seguir excavando hasta dar con el pozo del mineral que hacía unos días habíamos encontrado gracias al rastro de un par de restos impregnados y enterrados en las bocas de los túneles, y sin parar hasta que por lo menos supiéramos donde estaba concentrado. Las picotas y palas se enterraban en la tierra húmeda mientras el choque del metal y las piedras casi sacaba chispas. Las carretillas repletas de tierra salían de la nueva entrada de túnel y entraban sobre la misma. Los maestros con inmensas vigas tan aprisa como podían bufaban de cansancio para estructurar la excavación y evitar que el yacimiento se viniera abajo. ¡Dios! Estábamos cansados. El miedo de dar con algún pozo de gas se metía en mi cabeza, pero debía olvidarme de ello y seguir cavando. Seguir y seguir y seguir para complacer a Máximo Lefou, el empresario francés que explotaba el yacimiento.

—¡Tres vigas más a cuatro metros! —gritó uno de mis compañeros que excavaba.

—¡Hay cuatro pepas más! —gritó otro de un poco más lejos.

Las carretillas con pepas de oro entraban y salían de la misma manera que las de tierra. Los maestros con las tres vigas solicitadas entraron y en un santiamén estaban paradas y sosteniendo el cielo de la excavación.

—¡Ey! —gritó un minero desde el túnel principal— ¡Se alargan las guías principales! —agregó después— ¡Quiero veinte metros de vía para los carros!

Los gritos no me dejaban pensar, aunque solo y de manera inconsciente retumbaba cual latido de corazón agónico la idea de que el gas haría contacto con el fuego de los faroles y toda la construcción se vendría abajo.

—¡Cuatro vigas más a cuatro metros! —gritaron desde un poco más atrás de donde yo estaba.

—¡Caven! —nos gritaba uno de los jefes de túnel— ¡Excaven!

El sudor en mi frente ennegrecida de suciedad, polvo y tierra me sofocaba. ¿Tenemos así era acaso una violación a alguna clase de derecho humano?

Una picota se enterró en la tierra húmeda de la pared que se erguía frente a nosotros y al sacarla, un trozo de seda húmeda y carcomida de putrefacción salió volando.

—¡Caven! —seguía ordenando el jefe de túnel.

Mi picota se clavó nuevamente en la tierra y golpeó una piedra. Levantó chispas y me detuve dos segundos solo para decirme que debía seguir cavando. El picotazo clavó tierra nuevamente. Esta vez el sonido sordo de madera humedecida quebró mis pensamientos.

—¡Excaven! —ese puto grito estaba por sacarme de mis cabales.

El picotazo de Alberto, un amigo mío desde hacía un tiempo rozó un bulto duro de tierra sobre nosotros que cedió apenas lo tocó. La madera húmeda se quebró al contacto con el suelo y el cuerpo inerte y carcomido de una mujer rodó por el suelo, sin contar que el olor pútrido que emanaba perforó nuestras narices al instante. El cadáver vestido de blanco embarrado notaba una expresión de horror en el rostro embalsamado en lo que la sal que sobre el hueco que había perforado Alberto accidentalmente le comenzaba a cubrir nuevamente.

La excavación se detuvo. Forzosamente se detuvo.

—Pero ¿qué mierda es esto? —preguntó Alberto un tanto horrorizado.

Lentamente los mineros se detenían y se acercaban al lugar, hacia la excavación al fondo del túnel, donde nosotros estábamos.

—¿Por qué dejan de trabajar?! —preguntó el jefe de excavación— ¡Sigán trabajando! ¡Ahora! —ordenó.

—¡Hay un problema, jefe! —gritaron algunos mineros cerca de donde nosotros estábamos.

El gentío se acrecentaba a ver el cuerpo de la mujer que lentamente se volvía a recubrir de sal. Seguía tendida en el suelo barroso mientras nosotros expectantes notábamos su piel reseca, sus ropas rasgadas y su vientre enrojecido.

La tensión crecía. Se sentía. La densidad del ambiente. ¡Dios santo! Fue sin dudas el descubrimiento más horrido que nunca hubiese hecho junto a alguien.

—¡Qué mierda es lo que pasa! —preguntó don Domingo, el jefe de túnel.

Separó violentamente a algunos mineros y se abrió paso hasta tropezar con una piedra y caer rondando de bruces en el suelo. La sal le llenó la boca. Escupió dificultoso.

—¡Conchas de su madre! —nos espetó a todos sin haber reparado en nada.

Se limpió aun apoyado en el vientre de la mujer que había aparecido en la excavación y cuando hubo mirado bien, el putrefacto olor seguramente hizo reacción en sus pensamientos cuerdos y se echó violentamente para atrás cayendo de culo.

—¡Mierda! —dijo.

Se arrastró por el suelo mirando el cuerpo mientras sus ojos casi se desorbitaban de temor. Chocó con la pared de tierra de donde alguien de un picotazo había extraído un pedazo de tela y el golpe abrió un segundo agujero y sobre la misma acción, un segundo cuerpo cayó en las piernas de don Domingo. El cuerpecito de una niña de no más de ocho o nueve años. Su vestido estaba embarrado y su carne descompuesta, un ocelo se le asomaba cayéndole por las sienes y su pelo se caía casi como el agua se resbala entre nuestras manos.

La impresión fue de todos igual. Todos gritamos, aunque nadie más que don Domingo. Nadie sintió tanto temor como él. Se levantó de golpe y dejó caer el cuerpo de la pequeña al suelo, lo pateó un par de veces y se alejó maldiciendo, gritando, escupiendo.

Al vestido le faltaba un pequeño pedazo. Siete segundos después de

que don Domingo le diera las patadas, le maldijera y escupiera mientras se alejaba, cayó del agujero por donde ella había aparecido, un pequeño oso de peluche sonriente pero embarrado. El escabroso descubrimiento seguramente sería causa de pesadillas para todo el campamento cuatro kilómetros más abajo. Latía en mi interior, como presagio de tortura maldita el sentimiento de que aquello era algo malo, pues el sufrimiento impregnado en el rostro momificado de la mujer no daba a entender otra cosa, y, ahora bien, podría decir lo mismo de la niña, pero la putrefacción que había causado en ella la tierra se había llevado consigo toda señal que me diera una pista sobre su dolor, y cualquier presagio que hubiese habido de ello en ella, ya no existía.

Dos ratas salieron corriendo por el agujero donde la niña había caído. No nos pareció extraño verlas correr desde donde hacía tanto tiempo no entraba, aire fresco o lo que fuera que hubiese entrado, a no ser que... —¡Soooocho! —gritaron desde atrás.

El nombrar el sorocho nos erizó los vellos y salimos corriendo en multitud. Algunas sirenas comenzaron a sonar desde fuera y velozmente los mineros, obreros y demás trabajadores comenzaron a apelonarse en las bocas de los túneles. Las ratas habían salido y ahora nosotros debíamos arreglárnoslas para salir ilesos en caso de que la mina planchoneara. En cualquier momento el gas sin olor tendría contacto con las lámparas y explotaría.

—¡Salgan! ¡Salgan! ¡Salgan! —gritaban algunos jefes de túneles.

—¡Hacia la boca principal! —gritaban otros.

Las ratas huían veloces entre nuestros pies. Corríamos sin cesar. El túnel nuevo nos parecía un tanto más largo o estaba delirando a causa del miedo de quedarme sepultado entre miles y miles de toneladas de montaña sobre mí. Los bototos que nos habían dado eran tan pesados y habíamos trabajado tanto que incluso era algo tentador quedarse a esperar la explosión para algunos, pero otros corríamos con las ampollas en los pies que ya no daban más y queríamos salvar nuestras miserables vidas si es que algo nos importaba más que el estúpido dinero por trabajar en un lugar tan peligroso como aquel.

Las entradas de los túneles pronto se comenzaron a ver vacías y la explosión aún no detonaba. Gracias al cielo.

La desesperación en los gritos de los mineros se reflejaba también en las gotas de sudor que recorrían sus frentes húmedas y negras por el barro, la tierra. Por trabajar partiéndose el lomo como bestias en vez de humanos.

Comencé a sentir un olor putrefacto tras de mí. Miré hacia atrás y el túnel principal casi quedaba atrás. Las lámparas de aceite se despedían de nosotros y solo hacían contacto con la total oscuridad, y pronto, en algún momento, con el sorocho que silencioso caminaba cual demonio sonámbulo entre los túneles del Alicanto. El olor a putrefacción me escocía en la nariz y por Dios todo poderoso, era realmente insoportable. Rodrigo, un amigo mío lo sentía también.

—¡Qué porquería de olor! —gritó Rodrigo tapándose la nariz.

Los mineros éramos varios. Corríamos y corríamos como si no hubiera

nada más que hacer, y eso era literalmente.

—¡Quién es ella! —pregunté nervioso sin saber por qué.

Rodrigo volteó la cara.

—¿Quién? —pesquisó al no ver nada.

Estaba corriendo entre nosotros. Alguien, algo. Un demonio o un fantasma.

La salida estaba a veinte o veinticinco metros más o menos. Corrimos más rápido. Volví a voltearme para mirar y sentí un hedor, un aire seco, un ambiente salado que te partía los labios a no más de cinco pasos.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Su cabello alborotado cubriéndole la cara se subió y dejó ver un rostro reseco, unos ojos blancos como volteados hacia atrás, una quijada rota y los pómulos partidos, como cortados con navaja. La sangre le chorreaba y articulaba silencio en sus gritos.

—¡Santo cielo! —fue lo único que dije.

La salida estaba ahí.

¡BOOOM! La explosión detonó.

Los túneles se fueron derrumbando y de un salto la mayoría rodó por el camino y por la presión de la explosión. Yo corrí. Juro que corrí y veía en mi mente aquella fantasmagórica figura tan real y horrorosa como aquella explosión. El polvo crecía, pasaba frente a nosotros, pero aún no se derrumbaban las entradas principales.

—¡Damián! —me gritó Rodrigo— ¡Damián! ¡Ayúdame!

Se estaba quedando atrás.

—¡Ayúdame, por favor!

Retrocedí y lo tomé de los hombros. Una segunda explosión se sintió. El viento nos calaba en los trajes y helaba nuestras espaldas.

—¡Salta! ¡Salta! ¡Salta! —me gritó a cinco o menos de cinco metros de la entrada.

Le hice caso y salté, solo que... sin él, y no sabía por qué.

Me volteé y miré a aquella figura infrahumana que, doblegada entre sus piernas y sus vestidos blancos, tomaba a mi amigo. Su rostro horrible de expresión demoníaca y espectral solo articuló un grito tan profano que los oídos me sangraron al oírlo. Aquel chillido perturbó mi consciencia, mi cordura y me eché para atrás mientras la mina se derrumbaba frente a mis ojos, mientras yo salía ileso, mientras las piedras y escombros caían sobre ella y sobre Rodrigo. Él había muerto ante mí. Era seguro. Se había ido víctima de lo más lógico para cualquiera. Cayó al suelo en pleno derrumbe, y su muerte ya no era más que una lamentable y lógica tragedia.

Aquel perturbador hecho era el que en sueños y recuerdos me despertaba cada noche desde que había ocurrido hacía ya siete días. Una semana en la que por cada vez que cerraba los ojos sentía las paredes desmoronarse y a Rodrigo sucumbir en ellas.

Estaba erguido en la cama, transpirando, asustado y mirando en todas las direcciones que pudiera para verificar que en serio todo había sido

netamente un sueño.

—¿Qué te sucede? —me dijo Alberto con voz somnolienta.

El sueño casi ahogaba sus palabras, y solo me permitía oírlas bien el hecho de que la noche se arrastrara por todas partes.

—¿Has tenido pesadillas de nuevo? —me preguntó.

No sabía qué decirle. Era la séptima noche que lo despertaba.

—Yo... —dije—, alguna —terminé luego de un rato.

Se levantó de la cama y caminó a encender la luz. Me observó sudado y solo se limitó a tenderme una toalla.

—Ve a ducharte. Despijate un poco luego te vuelves a dormir. Te hará bien.

Tal vez aquello me sirviera.

Me levanté de la cama, dificultoso por las sábanas que se pegaban a mi piel y caminé descalzo hasta el baño del segundo piso. Di el agua caliente, (que demoraría un poco en calentarse), y en eso saqué un pijama nuevo desde el velador de la habitación que compartía con Alberto en la villa del campamento.

—Algo extraño sucedió ese día —le dije antes de entrar a la ducha.

Me miró. Hacía frío.

—Lo sé —se limitó a decirme.

El reloj del pasillo indicaba las dos treinta y siete de la mañana. Era uhm, temprano. El agua despedía vapor y así tal cual, me desnudé para entrar en la regadera y despejar un poco mi mente de ese suceso tan maquiavélico que había presenciado desde tan cerca. No quería seguir recordándome que Rodrigo yacía sepultado gracias a un derrumbe y menos aún que algo sobrehumano lo había arrastrado hasta adentro nuevamente.

Estiraba mis manos hasta mi pelo para masajearme cuidadosamente. El agua recorría mi cuerpo y mis pensamientos flotaban cual barquito en caudal de alcantarilla, aquellos lo suficientemente aceptables flotaban, en cambio, aquellos más ilógicos y desacordes con toda realidad humana, se hundían como si les hubieran amarrado un yunque.

—Nada fue real —me dije—. Nada fue real —me repetí—. ¡Nada fue real!
inada fue real! inada fue real!

El pelo que se caía por mi rostro me molestaba. Comencé a quitármelo con los ojos cerrados mientras el agua bañaba mi cara. Se me estaba cayendo el pelo. ¡Para colmo! Corté el agua y tomé un poco champú. Eché un poco en mis manos y comencé a esparcirlo en mi pelo. La espuma creció y mis dedos continuaron masajeando. Tenía los ojos cerrados y la calma me transportaba a un mundo onírico cuando algo irrumpió mi tranquilidad y me devolvió a la realidad abriéndome vista hacia el vapor de la ducha.

Escuchaba un silbido tan claro y perceptible que incluso podía jurar que estaba dentro del cuarto de baño.

—¿Alberto? —pregunté al oírlo.

Pero nadie respondió.

Una melodía lánguida y constante que me hizo temblar.

no. No. NO ¡NOOO!

—¡Nada de esto es real! —me dije— ¡Nada de esto es real! inada de esto es real!

El miedo se clavaba en mis oídos, pero mi boca a su vez era incapaz de proclamar un llamado de auxilio.

El vapor del agua empañaba todo. Completamente. Los cristales de los espejos estaban sumidos al vapor de la misma manera que las ventanas que daban al patio trasero de la casa, al patio donde una hilera de parras llevaba hasta un avejentado aroma.

El silbido continuó acrecentándose, tanto que, sin percatarme, un hilo de sangre comenzó a correr por mi oído izquierdo. Luego, solo cerré mis ojos y me decidí en que no era real. No lo era y así sería.

—¡Cállate! —decía en murmullos— ¡No es real!

Sentía el aliento de quien silbaba subiéndome por la espalda, cuando mis palabras cesaron y mis susurros ahora retumbaban en mi cabeza junto al silbido sobrehumano que solo sepa Dios de dónde venía.

—Damián —escuché tan claro como el agua que mojaba mi cuerpo.

Ignoré el llamado. El silbido se acrecentaba. Las cortinas de baño dejaban claro que no había nadie dentro, pues ni una sombra se producía

por efecto de cubrir la luminosidad del cuarto.

La luz pestañeó. El silbido crecía. Mis pensamientos seguían convenciéndome de que no estaba oyendo nada.

—¡No es real! ¡no es real! ¡no es real!

La luz comenzó a pestañear más seguido. Los intermedios de oscuridad me aterraron y el melodioso y triste silbido se acrecentó tanto que podía sentirlo en la ducha.

—¡Alberto! —le grité— ¡Si esto es una broma, es de pésimo gusto! —dije luego.

La oscuridad me cubría en lo que el vapor del agua crecía y crecía y yo me sumía en una densa niebla dentro del cuarto de baño. Miré en todas direcciones sin correr la cortina. El agua parecía sucia. Estaba pisando un charco de lodo que embarraba mis pies mientras los gusanos alzaban sus diminutos cuerpos sobre estos.

—¡Detente! —le exigí a Alberto.

El silbido se acrecentaba en mi cabeza tan claramente que convencerme de que no era real ya no servía de nada. Lo escuchaba. La luz intermitente parecía que en cualquier momento se apagaría y no volvería a encenderse.

Sentí un masajeo en mi cráneo que hacía voltearme. Alguien estaba tocando mi cabeza. ¡Oh, Dios! Sentía sus manos en mi cabeza, masajeando mi cabello, tirándolo, mientras la luz parpadeaba, el agua ensuciaba mi cuerpo y el barro hacía que el líquido de la regadera se estancase. ¡Cielo Santo!

—¡Ya detente, Alberto! ¡De una puta vez, quieres!

El silbido, y la luz cesaron.

Todo se vería normal. Todo. ¿Es que en serio mi mente me estaba jugando algún juego que hasta ella misma desconocía?

Sentí la melodía en mi oído derecho tan claramente que mis pupilas se contrajeron, se me erizó el vello del cuerpo y la sangre se me heló al punto que, de haber llegado a esa temperatura a mi corazón, de seguro hubiese muerto.

—¡Damián! —me susurró una voz mientras dos manos palidecidas por no sé qué motivo, con las uñas negras y rotas, llagas sangrantes y una tela de vestido blanco embarrada me tomaba de los brazos para

inmovilizarme.

—¡IIIIAAARRRRGGGHHH! —grité temeroso.

La melodía volvió a sonar, una risa perversa y que llenaba el ambiente de un olor pútrido calaba en mis oídos al mismo tiempo que resonaba en mis pensamientos aquella voz articulando mi nombre.

Lloré. Juro por Dios que lloré. Se me salían las lágrimas de temor en lo que forcejaba con alguien o algo y no podía escapar para sentirme libre y correr, huir adonde fuera. Sentí una mordida en mi hombro derecho, el dolor me hizo gritar tan fuerte que por primera vez en ese momento algo apagó el sonido tan horrible que el más allá profería para conmigo. Moví mis manos con fuerza y el impacto con las cortinas me abrazó. Eran delgadas y tal, así que me estrellé de lleno el piso cuando las argollas se soltaron de los tubos. El parpadeo de la luz cesó. El silbido cesó. El olor se esfumó.

Solo miraba ante mí el agua correr desde la regadera y mi rostro besando el piso, helado, blanco, manchado únicamente con dos gotas de sangre procedentes de mi ceja izquierda y de mi labio inferior derecho. El llanto me cubría los ojos y se me empañaban, quedando tan vidriosos como el vapor que cubría el espejo frente a la ventana que daba al patio trasero.

—¡Déjame en paz, por favor! —dije llorando— ¡Te lo suplico!

Habré estado unos cinco o diez minutos así cuando la voz de Alberto resonó del otro lado de la puerta. Tocó tres veces y preguntó.

—¿Estas bien? ¿te falta mucho?

Me limpié la cara y corté el agua que salía por la regadera.

—¡Sí! ¡sí! —dije intentando no sonar nervioso— ¡Ya salgo!

Me levanté y me aproximé a limpiar el espejo del vapor que se le había pegado sobre la superficie. Estiré la palma y la corrí por sobre el cristal helado.

—¡DAMIÁN! —me gritó la misma mujer que arrastró a Rodrigo al interior de la mina, reflejada tras de mí en el espejo.

Con su rostro reseco, ojos vueltos con lo blanco hacia adelante y sus pómulos rajados desde los labios. La quijada rota y la lengua que le salía unos treinta o cuarenta centímetros desde donde debiera realmente estar. Su vestido blanco embarrado y su vientre sangrante. ¿Por qué dijo mi

nombre? ¿por qué? ¿Por Qué? ¿POR QUÉ?

—¡AAAAHHHHH! —grité desesperado en lo que la luz volvía a apagarse. Y el crujir de vidrios rotos se escuchaba al interior.

Alberto me oyó gritar.

Sentía los golpes en la puerta y cada palabra que articulaba refiriéndose mí. Sentí dos o tres golpes más cuando la puerta cedió de una patada.

La familia de Alberto estaba allí. Alberto estaba allí. Esa cosa fuera lo que fuera ya no estaba. Todo había sido producto de mi imaginación. Sí. Lo había imaginado. Nada era real, excepto lo que estaba pasando en ese momento. Me caí, resbalé y me hice dos heridas, por eso grité y por eso ellos entraron. Todo tenía una explicación lógica. Todo.

El terror de aquella noche se esfumó en cuanto salí del cuarto de baño. La noche volvió a sumir la habitación donde dormía con Alberto y las horas pasaron silenciosas hasta que el sol por fin se asomó entre las siluetas de los cerros alumbrando el valle del Alicante, los senderos y la villa del campamento que llevaba el mismo nombre.

Cuando hube abierto los ojos, Alberto no estaba. Seguramente estaba abajo con su padre, su madre y Matilde, su hermana pequeña, la cual siempre pasaba encerrada en casa por un simple motivo: su rostro a pesar de tener dos ojos, nariz, boca, dos orejas, y todo completamente normal, tenía a su vez ciertos rasgos que la hacían diferente y por, sobre todo, la hacían un tanto más, (¿cómo decirlo de una manera sutil?), menos apta para muchas cosas.

Me levanté y caminé por el pasillo silencioso. Me acerqué al baño y lo observé tan limpio como antes de haber entrado aquella madrugada, seguramente la mamá de Alberto había limpiado todo.

Al bajar las escaleras comencé a escuchar voces. Susurros chocando como en una tenue discusión.

—Buenos días —saludé desde lejos, en caso de que estuvieran discutiendo.

—Buenos días, Damián —me dijo María, la madre de Alberto al verme entrar en la cocina— ¿Cómo has dormido? —preguntó luego con notoria preocupación.

—Bien, señora. Gracias —contesté cortésmente.

—Alberto nos dijo que has tenido un par de pesadillas estas noches
—agregó Antonio, el padre de mi amigo.

—Sí —asentí agachando la cabeza—. Un par —dije luego.

—¡Oh, querido! Ya pasará. Lo que vivieron en la mina fue algo horrible. Horrible en serio —la señora María caminó hasta un mueble y extrajo una taza y un platillo para servirme algo de té—. Pero ya lo olvidarás. De a poco. Por ahora toma asiento, serviré el desayuno, Damián.

—Gracias, señora María.

El desayuno fue reconfortante. Luego de que terminara ayudé a levantar la mesa y lavar la loza, guardar todo en su lugar y salí un momento con Alberto a dar una vuelta por alguna parte. Había una laguna por ahí cerca. Unos kilómetros más abajo. Sería un buen lugar para ir y olvidarnos de muchas cosas, de modo que cuando todo estuvo listo en la casa de mi amigo, partimos en busca de una pequeña pandilla de cuatro amigos: Alberto, Alfonso, Myriam y yo. Todos trabajábamos en la mina, y desde hacía ocho días, (contando aquel), estábamos gozando de un perturbador descanso producto del declive interior del yacimiento y de la muerte de Rodrigo.

Montamos nuestras bicicletas y partimos colina abajo hasta la laguna. Sería agradable despejarse un rato. Los chicos no sabían muchas cosas de lo que pasaba, o por lo menos a mí; no les había contado nada y no quería hacerlo tampoco, pero por alguna razón que no podía explicarme, tenía el presentimiento de que ellos sabrían entenderme si se los mencionaba.

Alfonso corría lentamente en su bicicleta, como aturdido por algo, Alberto iba un poco más espabilado, sonriente, Myriam andaba coqueta, (como siempre), y aquí entre nos, siempre tuvo esa idea retorcida de acostarse con quien se le cruzara, como a nosotros tres, por ejemplo, no ese día, ni todos juntos, sino que, por separado en muchas ocasiones distintas, varias veces ya. El termino de «puta» a su alrededor circulaba como moscas en la mierda, sin embargo, nos hacíamos los locos.

—¿Falta mucho? —preguntó Alfonso casi con la lengua afuera de tanto andar.

—No, no tanto —contestó Alberto.

—¿Cuánto es «no tanto»? —inquirió Myriam.

—Unos metros —respondí yo.

Tanto Myriam como Alfonso iban cansados de tanto pedalear, (no tanto en realidad), iban cansados y se les notaba en las frentes sudorosas puesto que chorreaba como si de un grifo se tratara. Seguramente se tirarían así tal cual a la laguna con el afán de refrescarse un poco. Las orillas comenzaban a aparecer de a poco entre la espesura de los árboles. Yo no quería arriesgarme a tanto en realidad, le tenía un poco de temor a los ríos, lagunas y esteros por algo que un psicólogo me estaba ayudando a olvidar, pero poco servía. Las bicicletas quedaron arrumbadas en una orilla y los chicos corrieron a tirarse por un muelle directo al agua, yo en tanto solo caminé, me arremangué los pantalones y metí los pies a la laguna para refrescarme un tanto.

Pasaron los minutos que se transformaron en horas y horas de chapoteo, de brisa fresca que cubría el rostro y la sombra de los árboles que acariciaba nuestros cuerpos mojados, empapados en agua que se salpicaba a causa de los juegos de los chicos.

Yo estaba como ido sentado en el muelle. Lo estuve casi todo el resto de tarde, pensando en muchas cosas, y por muchas cosas, me refiero netamente a lo sucedido en el interior de la mina.

—¿No extrañan a Rodrigo? —me atreví a preguntar.

Los chicos me miraron desde el agua.

—Eso... —dijo Myriam casi en un susurro—. No podemos estar tristes toda la vida, Damián —agregó luego.

Agaché la cabeza mirando el agua.

—Eso pensé —dije mientras miraba un rostro humano en el agua que saltaba ante mí y me consumía en la laguna desde los tobillos.

Se me contrajo el alma del susto y el tirón brusco no me permitió tomar el suficiente aire antes de consumirme y notar que Alberto había sido el de la broma.

—¡Qué te pasa! —le dije algo enojado al salir del agua.

—No te sulfures, hombre —dijo sonriendo—. Despijate un poco, que no hace mal, ¿eh?

El agua estaba fresca y me quedé un rato haciendo caso omiso a la mala broma. Temí por un momento que no hubiese sido un humano lo que me estaba tirando al agua. El color blanco y negro retornó a mi mente, pero luego de un momento se esfumó.

Eran pasadas las siete de la tarde cuando el sol se ocultaba entre los cerros y el sendero apenas sí se divisaba. Íbamos caminando con las bicicletas a los costados y nos reíamos alegremente cuando un silbido se asomó en el viento. Mis oídos se agudizaron y mis pupilas se dilataron para observar entre la oscuridad. Me quedé quieto mientras los demás avanzaban.

—¿Oyen eso? —pregunté a los chicos.

Se voltearon para mirarme.

—¿Qué cosa? —preguntó Alfonso.

—Un silbido —respondí.

Los muchachos miraron a su alrededor, pero nadie escuchaba nada. Nada. Eso hasta que Myriam gritó de pavor.

—¡Me duele! —gritó— ¡Me duele! ¡me duele! ¡me duele! ¡me dueeee!

Nos acercamos a ella para tranquilizarle y saber qué era lo que le sucedía, pero sus gritos eran tales que aturdirían a un sordo a kilómetros de distancia. ¡Cielos, qué le sucedía! Corrí hasta tomarla de los hombros igual que Alberto y Alfonso.

—¡Qué te sucede, Myriam! —preguntó Alberto.

—¡Mi hombro! —gritó nuestra amiga— Me duele, tengo algo. ¡Algo me está dañando!

Volvió a gritar cuando los tres hombres que estábamos con ella nos tiramos encima y alguien o algo, la tiró fuertemente arrancándola de nuestras manos. Su pierna derecha era tirada por una entidad imperceptible a nuestra vista mientras la pobre Myriam se arrastraba de pecho contra el suelo, gritando, temerosa, asustada, horrorizada, preguntándose seguramente qué era lo que sucedía y no encontrando ninguna explicación lógica para aquello.

—¡Aaah! —gritaba desde lejos mientras nosotros corríamos veloces.

Veloces en un pastizal inmenso que nos pasaba un poco más de la cintura.

—¡Myriam! —grité hacia lo lejos.

—¡Mym! —gritó Alfonso.

—¡Mymi! —esta vez fue Alberto.

Los gritos de nuestra amiga se esparcían entre los árboles produciendo un dolor tan agudo a los pájaros que sin nada más que hacer, volaban lejos con tal de dejar de oírlos. Nuestros pasos calaban hondo en la tierra, y así, con la poca luz que había, seguíamos el rastro tipo sendero del destino que Myriam dejaba al arrastrarse en el suelo. Unos metros más y sentimos un chapoteo. Al avanzar y llegar a una orilla de la laguna notamos el vestido de Myriam en esta y un par de zapatos un poco más atrás; unas burbujillas que sobresalían unos metros agua adentro y los brazos de alguien que se agitaba dificultosa.

—¡Tranquilízate, Mymi! —gritó Alberto— ¡Voy por ti! —dijo luego—
¡Alfonso, ayúdame!

Ambos se desnudaron y tiraron al agua. Nadaron presurosos hasta llegar al cuerpo que se zambullía, aunque algo extraño me resultaba de aquello: Myriam sabía nadar. Un viento frío me sobó la espalda y un silbido tenue, apenas perceptible, se oyó detrás de mí. La sangre en mi oído izquierdo volvió a brotar.

Los chicos llegaron hasta Myriam, se sumergieron y trataron de sacarla hasta la superficie, pero no podían. Algo extraño sucedía.

—¡Vamos, Mymi! —dijo Alberto— ¡Yo sé que puedes!

Dicho esto, se sumergió y tomó los brazos de nuestra amiga, los jaló hasta la superficie y sin darse cuenta, de un tirón brusco nadando hasta la orilla la sacó hasta caer bajo ella.

Un horrible rostro carcomido por el tiempo bajo el agua, con los ojos blancos y una sonrisa perturbadora, demoníaca y escalofriante miró penetrante a Alberto.

—¡Morirááááás, Alberto! —le dijo en tormentoso grito de desesperación viva aun en la muerte.

Alberto gritó. Temió. Se meó encima. Sus ojos casi se desorbitaban de horror. Alfonso y yo solo miramos sin saber qué hacer, cuando el cuerpo de Myriam apareció flotando en el lago. Llorando y gritando, sujetándose el hombro derecho que sangraba a más no poder. Nos tiramos al agua en dirección a ella, y la fea mordida se notaba complicada de tratar. La mujer sonrió a Alberto, lo miró a los ojos y por primera vez, se notó el café de estos.

—¡Morirás, Alberto! —le susurró.

Luego de eso, ante los histéricos gritos de Myriam, la mujer se arrastró al agua. El lago se la tragó y no la vimos más, el agua quedó tan queda como si no hubiera nada ni dentro ni fuera de ella.

—Morirás, Alberto —susurró de manera perceptible a todos nuestros oídos.

La herida en el hombro de mi amiga lentamente se recomponía y dejaba de sangrar, pero no era tan solo eso lo que sucedía, porque la fea marca quedaba impregnada como a fuego sobre su piel.

¡Dios! ¿Qué había sucedido?

Nuestras mentes divagaban entre un suceso cuyo raciocinio pendía de un hilo y el otro extremo de la atadura se perdía en un oleaje de pensamientos dementes en el que la cordura no era precisamente fuerte.

Podía notarlo en el rostro de Alfonso que se golpeaba la cara, preguntándose a voz queda si lo que había sucedido había sido enserio real o no.

En lo que a mi respectaba, pensar que lo que nos había ocurrido había sido un acto sobrehumano, infernal, demoníaco, fantasmagórico, paranormal..., sea como sea que pudiera o puede ahora calificarse, era real, tangible. Era un suceso a partir de ese momento, lógico para mí.

Nos regañaron a todos por llegar tarde. Nos regañaron tanto que incluso un par de lágrimas se nos asomaron, pero aun así ninguno de nosotros dijo nada respecto a lo ocurrido en el lago. Era algo solo nuestro y solo nosotros daríamos con la manera de acabar con ello, fuera como fuera, después de todo la mina abriría en un par de días si las excavaciones continuaban y lograban desobstruir la entrada principal. Eso según el representante en terreno que don Máximo había enviado.

Desde el día en el lago, les diré que muchas cosas cambiaron en mí, en Myriam, en Alberto, en Alfonso. Dejamos por alguna razón de ser los mismos. Sabíamos que no estábamos solos y que, en alguna parte, ese ser nos observaba y quería algo.

Fue dos días después de eso que Myriam y yo nos topamos en una poco transitada ruta del campamento entre las casi cincuenta o cincuenta y algo de casas en los kilómetros aledaños a la mina «el alicanto». El sol nos pegaba fuerte y por alguna extraña razón asocié el paisaje con los cerros de Salamanca hacía un par de años atrás. La cabeza me dio vueltas y en un momento en el que casi me desplomo, Myriam me sujetó de los hombros.

—¡Eh! —me dijo— Cuidado, chico.

La miré bajo la luz, por lo que no le reconocí.

—Lo tendré la próxima vez —le dije sonriendo—. ¿Cómo has estado, Myriam? —quise saber.

Sonrió.

—Desde ese día, temo cerrar los ojos —contestó—. Siento que esa mujer o cosa, sea lo que sea me observa. Siento que alguien silba frente a mi ventana y escucho cuando alguien susurra mi nombre en mi oreja... hasta que sangra.

Al decirme aquello se le había comenzado a atorar el llanto y las lágrimas en sus ojos ya eran perceptibles.

—No eres la única, Myriam —le dije.

Comenzamos a caminar bajo el sol entre las casas y observamos las tantas que habían sido desocupadas. La morada Salinas Ochoa, la familia de Rodrigo se había ido. Su casa no era más que un sitio desocupado que en días se tornó eriazó, polvoriento y descuidado.

—Parece como si fuera nada más que una cruel y larga mentira —dije mirando el patio.

—También lo creo —dijo Myriam.

En ese momento sonó la alarma de incendios o desastres del campamento. Una inmensa torre campanario en la que cuando había problemas sonaba alertando a toda la villa.

—¿Qué demonios habrá sucedido? —preguntó Myriam.

—No lo sé —dije mirándola asustado, temiendo cualquier cosa.

Las miradas fueron extrañas, y de esa manera fue como corrimos sin pensarlo, hasta que al doblar una esquina dimos con él. Con ellos. Dos personas a quienes nunca pensé en llegar a ver en aquel lugar.

Mi mirada quedó expectante al notar tan horrida y amable figura que a su vez imponía ante mi presencia un respeto único elevado como si fuera a la gracia de un Dios.

—La Lola —me dijo el señor que, montado en un asno, ya había visto

hacía mucho tiempo atrás.

—Tienen que irse de aquí —agregó el joven con quien tuve cierto encuentro en Salamanca y en Cipreses—. Irse mientras puedan —había crecido.

Las campanas seguían retumbando en todo el campamento.

—Solo es el comienzo —añadió el señor.

—Sucederán cosas peores, Damián —añadió el joven.

En ese momento, se acercó a mí, me miró a los ojos y me dijo:

—Huyan mientras puedan —y luego de eso, lo que nunca pensé oír: — La entrada estará abierta para ustedes, solo busquen con precaución.

Myriam casi se entrometió en la conversa que sostuve con aquellos dos personajes tan extraños para ella, sin embargo, no lo hizo. Asentí levemente con la cabeza y corrimos dándoles la espalda, Myriam se volteó una o dos veces, pero a la siguiente ellos ya no estaban, seguramente temió algo, pero yo ya sabía que de esas dos personas no había nada que temer. Nada sin duda.

Poco a poco la gente corría hacia la plaza, hacia la torre de campanario al centro de la villa. Todos los mineros incluso los trabajadores que estaban en la mina intentando reabrir el túnel principal.

Felipe Rebolledo estaba sobre la torre, el hasta ese entonces jefe del campamento, quien debía avisar hacia la civilización cualquier suceso como el que ahora convocaba aquella reunión de emergencia. El gentío era inmenso, tanto que no podías meter las manos a los bolsillos de los pantalones, y si ahí las tenías, no podías sacarlas.

—¡Silencio, por favor! —gritó don Felipe desde la torre.

La multitud pronto cesó.

—Si los hemos convocado aquí, señores —comenzó—, es para advertirles de algo de lo que nos hemos enterado hace escasos minutos.

Sentí un tirón en mi hombro derecho. Al voltearme, observé a Alberto y sus padres.

—La casa de Rodrigo como ustedes saben, fue deshabitada hace unos días por raciocinio común entre don Máximo y sus moradores, sin embargo, hoy notamos que la casa de Raúl Soto Figueroa, también se ha encontrado deshabitada y más aún, en condiciones de total abandono y

algarabía. Algo extraño sucedió y es de vital importancia averiguar qué. ¿Se entiende? —don Felipe pareció enfatizar en ello— Necesitaremos gente para averiguar qué sucedió con Raúl, así que hoy después de las cuatro P.M una comisión organizadora pasará por las casas inscribiendo voluntarios para una cuadrilla de búsqueda, y hasta nuevo aviso, habrá toque de queda. Hora máxima siete P.M, nadie fuera después de esa hora.

Sentí un nuevo tirón en el hombro, volví a mirar hacia atrás y Alberto me sonrió. La gente delante de mí era más alta y apenas sí podía mirar hacia el frente.

Nuevamente me tocaron el hombro.

—Detente, Alb... —al decir aquello y voltearme no le vi.

Sin embargo, cuando mi cabeza miró hacia delante de nuevo, el rostro de Rodrigo me sonrió desde el suelo, entre los pies de quienes estaban delante de mí.

—¡Santo Cielo! —grité al ver que me sonrió liberando tanta sangre que me asqueó mientras su ocelo derecho me guiñaba en amistosa señal de confianza.

Cerré los ojos y no pensé en nada más que en mí. Me tapé los ojos con las manos a pesar de tenerlos cerrados y me autoconvencí de que no estaba sucediendo nada. Absolutamente nada.

Diecisiete minutos después la plaza estaba vacía. Las preguntas sobre qué sucedía, cómo sucedía, qué había, cuándo sucedía y eso, pronto se esfumaron también, así dando paso a la sola idea de que el lugar había que abandonarlo pronto, tal como aquel viejo amigo de tanto tiempo me había dicho.

Luego de la cena, Alberto y yo nos acostamos en el dormitorio de arriba, pensando en lo que sucedía, y yo callado totalmente sobre lo que se me había advertido unas horas antes, ¿me creería Alberto si es que en algún momento se lo decía?

—¿Qué crees que está sucediendo? —me atreví a preguntarle.

—Nada, ¿por qué? —me dijo.

—¿Y lo del lago? —formulé.

—Damián —me dijo irguiéndose de la cama, intentando mirarme, aunque la oscuridad era tal que ni siquiera sabía dónde estaba—, eso no fue real. No puedo explicarlo, pero solo fue producto de algo en el lago. Agua

toxica, no sé... no cuentos de hadas.

Me quedé callado. Tal vez fuera cierto, pero estaba seguro de que lo que había sucedido en el lago y en la ducha era real. Ahora estaba mucho más convencido que antes. Mucho mucho más.

—Si tú lo dices —agregué. Luego de unos minutos volví a hablar—. ¿Y la desaparición de hoy?

—Ya duérmete, Damián —me contestó desde su cama en un sonido ahogado. Seguramente estaba tapado hasta la cabeza.

Le hice caso, me dormí, aunque, así como me dormí fue que minutos o quizá horas más tarde sentí un ruido frente a la puerta semiabierta.

¿Por qué estaba entreabierta si cuando nos acostamos me cercioré de cerrarla?

—¿Alberto? —dije hacia un lado de mi cama para verificar que él estuviera ahí, o tal vez había ido al baño y él había dejado la puerta así— ¿Alberto? —volví a preguntar.

Un leve murmullo se sintió desde su cama.

—¿Qué quieres, Damián? —me preguntó.

—¿Por qué la puerta está entreabierta? —le pregunté.

Se irguió y gracias a una escuálida luz que se filtraba desde algún lugar hacia la habitación noté cómo se sentaba en su cama.

—No lo sé... —contestó—, el viento tal vez.

La puerta comenzó a abrirse lentamente. Silenciosa, sin que hubiera brisa, sin que hubiera movimiento desde ninguna parte, y él también lo estaba viendo.

—¿Lo ves, Alberto? —le pregunté casi en un susurro.

Se escuchó mi nombre en el aire, alguien me lo susurró al oído, pero lo ignoré por completo. Adivinen; mi oído comenzó a sangrar.

La puerta seguía abriéndose delante de nosotros permitiendo que una luz anaranjada entrara hasta la habitación.

—Sí —me respondió—. Lo veo.

La puerta seguía abriéndose hasta que Matilde apareció en el umbral empujando dificultosa con una mano hacia adentro mientras que con la otra sostenía un pequeño oso de peluche embarrado. Nos miraba fijamente con sus ojos achinados y de inocencia pura.

—Solo es mi hermana, Damián —me dijo Alberto doblando su cuello hasta mí.

El silencio reinaba. No se sentía nada en absoluto. Era una sensación única hasta que Alberto se destapó y puso sus pies en el suelo. Sentí un rasguño en la madera. Un calor y olor a humo que se introducía en mi nariz.

—¿Hueles eso? —le pregunté.

—¿Qué cosa? —me dijo adormilado.

Los rasguños los escuchaba acrecentarse, Matilde nos observaba y yo tenía una mala espina de todo ello. Algo extraño sucedía. En serio. La cabeza me daba vueltas mientras la hermana pequeña de Alberto se encontraba de pie a altas horas de la noche frente a nuestra recámara y un olor a humo me escocía en la nariz. Sentí los rasguños nuevamente.

Matilde nos miraba turnia. Inexpresiva. Inmóvil.

—Quiere que vaya con ella —dijo quedamente la pequeña cuando unas manos cubiertas por mangas blancas y embarradas en sangre le tomaron de la cintura y el rostro para apartarla de nuestra vista. Alberto gritó al escuchar a su hermana gritar también, fue entonces cuando los rasguños se hicieron notar más fuerte, y Alberto al erguirse para correr tras su hermana fue atrapado por un par de manos que se asomaban bajo la cama. El golpe en el suelo se sintió fuerte pero no lo silenció. Comenzó a gritar desesperado en lo que las manos de bajo su catre y el mío iban apareciendo, rasguñando el suelo, rasguñando el cobertor de la cama, intentando atraparnos más de lo que ya nos tenían. ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! Se sentían algunos quejidos, lamentos fantasmales bajo nosotros, las huesudas manos se arrastraban por el suelo produciéndole dolor a tanto objeto o humano que atraparan entre sus dedos y ya difuntas articulaciones, los movimientos se hacían violentos y Alberto me gritaba clamando auxilio, pero ¿qué podía hacer yo? ¿qué esperaba que hiciera si yo estaba ya casi al alcance de esas cosas también? Sentía aquel sonido sordo como de agua al chocar con el calor produciendo vapor, era lo que le sucedía a la piel de Alberto cada vez que aquellas manos bajo nuestras camas lo tocaban. Lo estaban quemando, estaban quemando nuestra habitación. Sentía el olor del humo, sentía que pronto no seríamos más que cenizas.

—¡Ayúdame! —me gritaba— ¡Damián! ¡Me duele!

Yo me acurrucaba en la cama esquivando las manos negras y pútridas que intentaban dar conmigo. Lo hacía mientras el miedo petrificaba mi mirada hacia Alberto tendido en el suelo, gritando, clamando, todo mientras la puerta comenzaba a cerrarse y en mí nariz se acrecentaba el olor de humo, el olor de fuego, el presentimiento de perecer ante unas llamas que se encontraban en algún lugar. Grité mientras las camas comenzaban a humear y las manos rascaban el suelo, mientras aparecían desde la negrura del techo y mis ojos lagrimeaban incesantes.

—¿Crees en lo que te digo ahora, Alberto? —fue lo único que le dije.

—¡Ayuda! —gritaba él desde el suelo mientras las manos seguían saliendo de la oscuridad de bajo nuestras camas.

—¡Crees! —volví a gritarle.

—¡Mamá! —gritó él— ¡Papá!

El miedo se impregnaba en su rostro como el musgo en las piedras. El fuego crecía en mi mente y me sudaba la frente. ¿Podría salir de aquel lugar? Quería gritar, pero no podía, quería ayudar a Alberto, pero tampoco podía conseguirlo. ¡Señor, qué mierda era lo que sucedía!

—¡Papááá! —volvió a gritar Alberto.

Los lamentos se sentían en el suelo, bajo nuestras camas, sobre el techo. Alguien susurraba mi nombre, pero no veía a quien lo hacía. Qué sucedía, por qué sucedía, cómo sucedía.

—¡AAAHHH! —grité de forma demente, loca, llena de ira, de miedo, de locura agónica sobre mi mente mientras mi pecho insufrible retumbaba al golpearse sobre sus paredes un corazón desesperado por el horror.

—¡Qué demonios sucede! —preguntó Antonio, el padre de Alberto parado en el umbral de la puerta, observándonos con tono irascible y escasamente comprensible.

Se acercó hasta adentro y encendió la luz, pero al hacerlo solo traumó más nuestras ya perturbadas mentes. Su rostro podrido lleno de tierra y mirada perdida en cuencas vacías y cuerpo llagado nos hizo temblar, gritar por el horror y llorar hasta casi perder el conocimiento, la luz pestañeó y una risa femenina y loca salió de él, su figura desapareció y La Lola tomó su lugar. Se aproximó hasta mí, me tomó del cuello y restregó su lengua por mis mejillas.

—Morirás —dijo sin articular con sus labios mientras sonreía maquiavélica.

Grité mientras Alberto lo hacía también, ¿es que acaso no se detendría?

—¿Por qué nos haces esto? —grité desesperado, y una vez que lo hice, la luz de la habitación volvió a encenderse, María estaba en la habitación y Antonio también. Nos escucharon gritar y corrieron a ver lo que nos sucedía.

—¿Qué les pasó? —preguntó Antonio acercándose a Alberto, quien sobaba sus piernas y en las cuales tenía una serie de rasguños sangrantes a más no poder— ¡Pero qué demonios! —dijo al notarlo.

—¿Qué ocurrió? —me preguntó María sentándose en mi cama y mirando en mi cuello la marca de una mano que comprendía todo el contorno de este. Estaba grabada a fuego.

Ambos padres se miraron. Temieron, lo noté. Ellos también temieron.

—Ella... ella... ella —dijo Alberto en un tartamudeo.

—¿Ella? —preguntó Antonio.

—La-la-la Lol-Lol-a-Lola —dije yo de igual manera.

Nuestros ojos cansados se cerraban y el cansancio nos consumía.

—¿La Lola? —preguntó María— ¿Quién es La Lola?

Preguntó, y al hacerlo, simplemente me abrazó, Antonio abrazó a Alberto y nos tranquilizaron, aunque no sirvió de mucho, puesto que el silbido que susurró en la recámara fue audible para todos nosotros. Todos lo sentimos. Todos erguimos nuestras cabezas y vimos como unas pisadas manchadas en sangre aparecían frente al umbral de la puerta. A todos nos brotó un hilo de sangre desde los oídos.

—¿Antonio? —articuló María.

—Es... —dijo.

El silbido cesó, y en ese momento, las camas saltaron y temblaron como si tuviesen vida propia. La mía y la de Alberto con sus padres encima, saltaban como posesas y no había manera de que se detuvieran.

—¡Qué sucede! —preguntó María asustada.

—¡Es ella! —dijo Alberto— ¡Es ella! ¡es ella! ¡es ella!

Notamos el olor del humo y cómo el calor crecía mientras las camas saltaban, mientras los muebles se movían y se abrían puertas, se quebraban objetos y las lámparas se prendían y apagaban.

—¡Salgan de aquí! —dijo Antonio.

Saltamos de las camas moviéndose mientras los portazos nos dejaban intervalos cortos para pasar entre ellas, pero aun así lo hicimos, notamos el fuego en el pasillo del segundo piso que emergía desde algún lugar y por un motivo desconocido. Corrimos y corrimos escuchando cada uno su nombre, cada susurro en el humo, oliendo la muerte en las llamas, buscando por donde salir, por donde huir, hasta que una ventana reventó a causa del calor y nos dio de alguna manera un indicio de vida. Corrimos, saltamos, nos salvamos solo para observar cómo la casa ardía en llamas por un motivo desconocido.

—¡Dios, nooo! —gritó María— ¡Mi hija! —la desesperación en su grito seguramente dañaría su garganta— ¡Mi pequeña! —volvió a gritar inhumana llena de dolor mientras una multitud se acercaba a ayudar, a ver lo que sucedía, a brindar el apoyo que fuera necesario— ¡Mi bebééé!

María cayó rendida al suelo, de rodillas empuñando sus manos en la tierra, llorando hasta que su rostro se ensució, golpeando las piedras hasta que dedos sangraron, haciendo que aquel momento de toda explicación cayente en un recóndito y lógico espacio pasara a segundo plano y tal vez fuera olvidado, expulsado de su mente al tener frente a ella una pérdida mucho mayor al suceso como el que nos echó de aquella casa.

Fueron necesarias cerca de tres horas para extinguir el siniestro. Cerca de tres horas en las que María lloró la pérdida de Matilde. Tres horas en las que Alberto, sentado en un tronco fuera de la casa de un vecino, miraba la nada, temiendo, asustado, buscando explicaciones lógicas donde seguramente nunca podría encontrarlas. Tres horas en las que Antonio intentaba de alguna manera ser un pilar y mantenerse firme ante lo sucedido para con su familia y conmigo, que solamente me repetía en la cabeza que de alguna u otra manera todo lo que hasta ahora había ocurrido podía terminar solo si averiguábamos cómo hacer que terminara.

La noticia no se hizo esperar para llegar a oídos de Alfonso y Myriam, quienes llegaron cerca de tres horas y cuarto después de todo lo sucedido. Nos abrazaron, lloraron, nos brindaron ayuda, ellos estarían para lo que fuera que necesitáramos, nos lo decían tal cual y sus familias nos lo

rectificaban.

Todo lo de esa madrugada fue realmente horroroso según mi escuálida memoria recuerda, en serio. Y es que he recordado tantas cosas ya, estimado lector, que se me ha vuelto un tanto frágil y en el lugar donde estoy, esto me hace más vulnerable de lo que parezco.

Fue cerca de las seis de la mañana, casi cuatro horas más tarde del incendio en casa, que las campanas de la torre en la plaza comenzaron a sonar nuevamente, nosotros estábamos en casa de los vecinos que nos habían acogido y, aun así, a pesar de nuestro incidente partimos a ver de qué se trataba. Don Felipe dio un sermón referente a nuestro caso y, que además en ese momento, sin saber qué o cómo, se reportó desaparecida Hortensia Soto Soto, la hija menor de tan solo unos años de un matrimonio unas calles más hacia arriba de donde nosotros vivíamos. Era extraño, ¿no? Primero el derrumbe y la muerte de Rodrigo, luego una persona desaparecida, el incendio en la casa, y ahora por segunda vez un niño perdido. Eso sin contar lo que ya había sucedido con mis amigos.

Era en serio extraño lo que estaba sucediendo en ese lugar. Extraño. Muy muy extraño.

Fue a las dos y treinta de la tarde de ese mismo día que salí a dar una vuelta junto a Alberto, quería despejarme, pensar y la vez no hacerlo. Botones nos acompañó, el perro de la familia donde estábamos de acogidos. Un lindo pastor alemán que andaba por ahí, con la cola al aire, olfateando, marcando territorio, levantando la pata en cualquier parte y siendo feliz con cada paso que dábamos por el sendero del deseo.

—Ha sido un día tranquilo —le dije a Alberto que estaba algo ido.

—Un poco —me dijo.

—¿Cómo sigues por lo de anoche? —le pregunté.

—No quiero hablar de eso, Damián —intentaba mostrarse escéptico.

Botones caminaba olisqueando todo a su paso.

(—¡Guau! —ladró en cierta oportunidad).

Sonreí al mirarlo y ver que asustaba a dos conejos recostados a los pies de un aramo.

—Él no se preocupa por nada —dije mirando al perro.

Seguimos caminando sin alejarnos de la villa del campamento.

El sendero se había vuelto erizado, seco. Toda flora que creciera terminaba seca como arena en un desierto, y allí fue cuando el alma se me congeló de repente.

Botones estaba parado frente a nosotros, ladrado, gruñendo engrifado, con los pelos de su nuca erizados al punto que la tensión era máxima. Un viejo peumo también seco se erguía delante de él, y sobre él, sobre su tronco, con dos clavos dejándolo inmóvil yacía un brazo humano cercenado, con los dedos de las manos sangrantes y el extremo hacia la clavícula chorreando como si lo hubiesen colocado hacía cosa de minutos. El brazo amoratado, lleno de hematomas, rasguñado, clavado, que dejaba a la imaginación las más crueles y mundanas torturas sobrehumanas nos empalideció mientras Botones solo gruñía en señal de alerta.

Él sentía, observaba, escuchaba algo que nosotros no. Posiblemente algo pasaría, pero... ¿qué?

—Tranquilo, Botones —dijo Alberto al perro, acercándose a él para calmarlo, yo en tanto, me acerqué a la extremidad cercenada.

—Shhh —susurré refiriéndome al perro.

Observaba las clavadas en los extremos del brazo: la palma de la mano, (mano izquierda), y la extremidad que conecta a la clavícula. Tomé una varilla del suelo y sin más, toqué el pedazo de cuerpo humano.

—¡Santo Dios! —dije.

Por el creador. Sí que apestaba.

—Esta cosa huele horrible —le dije a Alberto mientras picaba el brazo con la varilla.

El perro seguía ladrando. Ladraba y ladraba con enojo, nerviosismo, y Alberto ahí, intentando apaciguarlo.

—Creo que hay que avisar sobre esto, Damián —me dijo Alberto calmando al perro desde el collar.

—Sí —convine.

Toqué la extremidad nuevamente con la varilla, y el movimiento dificultoso como intentando liberarse de las clavadas fue tan violento como el accionar de Botones.

—¡Mierda! —dije al notar lo y del susto caerme de culo cerca del perro.

El brazo se movía. Ondeante y dificultoso por las clavadas, sangraba a más no poder, salía humo de sus llagas, moscas, cresas serpenteantes desde todos lados.

—¡Corre! —le grité a Alberto, pero estaba congelado.

Botones ladraba, quería encimarse sobre el pedazo de brazo cercenado que se movía por voluntad propia.

—¡Cooorre! —volví a gritarle a mi amigo mientras yo me erguía.

Él no se movía, y fue entonces que el brazo dejó de moverse, pero sobre él ahora había algo ligeramente diferente.

Marcadas como a cuchilladas, en el largo que comprendía desde la palma hasta la extremidad del hombro, un mensaje dirigido exclusivamente a nosotros, que ya habíamos vivido lo que presagiaba antes. Un mensaje que nos erizó los vellos, que petrificó nuestras almas y desencadenó el terror en nuestros pensamientos. El simple mensaje que decía:

¿Escuchas tú nombre?

Luego de que Antonio y Óscar, los jefes de hogar de la morada en que estábamos de acogidos llegaran de la búsqueda en el exterior de los demás restos humanos si es que los había, la casa quedó en completo silencio para dar paso la cena, cerca de las ocho y algo, casi las nueve. El toque de queda se había hecho efectivo y nadie podría salir ya a esas horas. No si es que quería vivir, (eso debido a los sucesos que habían acometido durante esos días), razón por la que, casi después de las diez estábamos todos en plan de dormir si es que no, ya durmiendo.

Sufría de unas pesadillas del carajo hacía días, pero con el pasar del tiempo había aprendido a controlarme un poco al despertar, para no molestar a Alberto y, en general, a los moradores de la casa; y fue luego de una de mis pesadillas que, al despertar, noté el silencio sepulcral manchando la casa, y a su vez, la sola compañía de la oscuridad sofocando mis sueños. Dormía en el segundo piso, junto a Alberto, pero la cosa era que, él no estaba allí. Su cama estaba descorrida de las sábanas y frazadas, pero aún tibia, lo que me hacía pensar que no andaba lejos, y

bueno, pues claro, no lo andaba.

A pesar del toque de queda, de lo que sucedía, de las desapariciones y eso, había salido completamente a deshora de la casa. Y lo sé:

Trajinaba por la habitación en busca suya, sumido en la oscuridad y con el miedo impregnado en mis ojos, cuando sentí un tenue ruido fuera de la casa. Un sonido como de latas chocando con algo, o algo chocando con unas latas. Me asomé, y lento y silencioso descorrí la cortina para que la luz de luna que blanquecina celeste bañaba el campamento en el valle, me permitiera ver lo que sucedía. Alberto estaba pisando unas latas bajo el quillay que había al lado de la ventana. Se había asomado a él para bajar, y lo había conseguido. Algo me decía lo que iba a hacer, pero de todas maneras quise averiguarlo por mi propia cuenta, de manera que bajé: lento y silencioso.

Es increíble la clase de cosas que ves y escuchas cuando reina la noche y el silencio. Porque el silencio también tiene cosas que decirnos, solo hace falta escuchar bien. A pesar de la distancia, doblando un poco el cuello se lograban divisar las luces producto de los focos en la entrada de la mina, y de la misma manera el ruido pesado de las máquinas trabajando para poder restaurar la entrada y seguir excavando para extraer mineral lo más pronto que se pudiera. Un poco más debajo de la casa donde nos hospedábamos, casi tres casas abajo y dos hacia la derecha, la casa de don Domingo tenía un par de luces encendidas. Se le escuchaba gritar. ¡No! Gritar no. Se le escuchaba conversar fuerte, (eso sí), con alguien más, desconozco quién, pero lo hacía. Sonaba nervioso, pero también decidido a terminar con algo de una vez. Seguramente con la excavación. Tenía que terminar con todo; que habían pasado muchos años ya, y que ahora no podía suceder de nuevo. Debía dejar todo resuelto para que nunca más sucediera nada.

Cuatro casas delante de esa, se escuchaban cosas que no puedo decir. Pero entenderán que todo el mundo en el campamento era humano. Así que, bueno, ya lo imaginarán. Aunque eso no quita el hecho de que dos personas se encontraran en una casa vacía, razón que me hace pensar en que él y ella, tenían vidas aparte de aquella. Finalmente, dos casas a la derecha de esa, Alberto entraba en un jardín semi-erizado, falto de agua, de verde, de vida. Escalaba un palto de mediana altura y se colgaba del marco de una ventana que asomaba una tenue luz anaranjada, como producida por la pequeña flama de una vela. Palpó silenciosamente tres veces antes de que la ventana se abriera y dos manos lo tomaran de los brazos y lo subieran hasta meterlo dentro de la casa. Era obvio a lo que venía. Conocía bastante bien a Alberto y a Myriam. Muy muy bien.

Ni siquiera el hecho de que tal vez su hermana pequeña estuviese muerta le quitada la sed de sexo. ¡No sé por qué no me sorprende! Lo mismo Myriam. Sexo las veinticuatro horas del día, los siete días de la

semana.

Así fue de todos modos como, después de entrar, me sumé yo a la escalada por el árbol y quietamente me asomé hasta la entrada de la ventana. No es que estuviese recurriendo al voyerismo. Para nada. Es solo que, (no puedo explicarlo). Nada , nada.

Me asomé a la ventana y lentamente alcé mis ojos para mirar lo que la tenue luz anaranjada me permitiera. Estaban besándose. Locamente. Como amantes enamorados, (tal vez sí lo estuvieran), por muy puta que ella fuera. Los besos dieron paso a que sus cuerpos se tocaran, a que sus manos tocaran sus cuerpos, a que sus manos quitaran sus ropas, a que sus pieles lentamente comenzaran a rozarse, (aunque la piel de ella estaba prácticamente manchada en tactos de casi todo el campamento), Alberto la empujó en la cama, y ella sonrió. Él también lo hizo. Su torso desnudo y musculoso se encimó sobre ella y ella lo recorrió con sus manos. Se comenzaba a ver la transpiración en sus cuerpos pese a que hacía pocos instantes habían comenzado.

—Te quiero —le dijo Myriam a Alberto.

—Yo también te la quiero meter —agregó mi amigo en un tono caliente más que seductor o romántico.

—Dije que te quiero, Alberto —replicó Myriam.

Mi amigo estaba completamente ido hacia la excitación.

—Yo también, cariño —los besos de él recorrían el cuerpo de Myriam.

Ella parecía no querer demasiado aquella situación.

—Detente, Alberto —le dijo luego, pero él no se detuvo—. ¡Alberto! ¡detente! —le gritó luego.

Mi amigo no lo hizo.

—¡Ya! —exclamó Myriam furiosa— ¡Para, estúpido!

Dicho esto, le dio una patada en el vientre y lo tiró lejos de ella.

—¡Salte de aquí! —añadió Myriam.

—Pero... —Alberto parecía volver a sí.

—¡Que te vayas, he dicho!

Una vez que lo dijo, Alberto se volteó, Myriam caminó hasta su cama y al abrirla, solo Dios pudo calmar su temor. El miedo que le produjo ver aquello. Una pierna humana cercenada, agusanada y embarrada que reposaba como si nada en el centro de la cama.

Myriam gritó de horror, Alberto también gritó y yo también lo hice, solo que, al hacerlo, ambos me miraron, sus miradas se transformaron en cadavéricos rostros vivientes, con sus cuencas succionándose y volviéndose vacías, su pelo alargándose y sus pieles pudriéndose o secándose. Sus bocas sangraron y sus brazos se llagaron, las uñas de sus dedos crecieron y se volvieron tan negras como la noche. Venían hacia mí. Sus comisuras labiales se rajaron y gritaban infrahumanas, desgarradoras. ¡Dios! Solo él podía ayudarme, pero la desesperación me ayudó más, pues, me solté del marco de la ventana y simplemente caí al vacío.

En ese instante fue cuando me erguí sobre la cama, asustado, temeroso, corrompido por el horror que mis recuerdos y fantasías productos de Íkelos en mi mente ya atormentada, venían a mí cada noche.

La soledad oyó mi grito profiriendo ayuda, clemencia celestial para poder dormir tan solo un día. ¿Cuánto era el trabajo del padre o de su escalafón angelical para darme un sueño por solo una noche?

—¿Escuchas tú nombre, Damián? —me susurró la mujer de la mina. La Lola. Encima de mí, de frente sobre mí, poniendo su dedo índice sobre los labios e indicándome que guardara silencio.

Mi grito despertó a la casa entera.

Óscar, Antonio, María, Alberto, Susana, (la esposa de Óscar), estaban todos allí. Yo no estaba solo. No. No lo estaba. No lo estaba. ¡Dios! Estaba transpirado. Mojado. Empapado en sudor.

Diez minutos después de que la casa se hubiese despertado por mí culpa, bajé las escaleras solo para notar que Antonio y María estaban discutiendo.

—¡Ya es suficiente! —dijo don Antonio.

—¡No podemos dejarlo solo! —gritó a señora María— ¡Solo es un joven!

—¡Ya lo sé! —exclamó Antonio.

—¡Hay que ayudarlo!

—Pero ¿cómo?

La señora Susana, que estaba junto a su esposo, dio una sutil recomendación.

—Podrían santiguarlo.

—¿Y qué ganaríamos con eso? —preguntó Antonio casi irascible.

—Dormir... por lo menos —agregó don Óscar.

Alberto estaba entre ellos, y me observó.

—No sé si sea... —dijo don Antonio antes de que yo lo interrumpiera.

—Quiero intentarlo —dije entrando en la sala.

Eran pasados las doce de la noche cuando la señora Susana me tenía sentado frente a ella y frente al resto de los integrantes del grupo de hogar.

Sobre un lavatorio con agua había vertido unas gotas de aceite, tenía un par velas perfumadas encendidas y en sus manos sostenía tres pequeños ganchos de palqui.

—Quiero que te relajes, hijo —me dijo—. Solo relájate.

Asentí temeroso.

Sobre el cuello de la señora Susana colgaba un rosario. Comencé a transpirar sin darme cuenta. Tenía un presentimiento extraño. Muy, muy extraño.

La luz anaranjada de las velas inundaba el ambiente en el misterio, el perfume embriagaba mis sentidos, pero no mis paganas intuiciones.

La señora Susana se persignó antes de tomar los tres ganchitos de palqui y comenzar a dibujar en mi frente una señal de la cruz junto a un cántico perteneciente seguramente al catolicismo apostólico romano, y de no serlo... ¡Dios! Se me erizaban los vellos del cuerpo. Los vellos de la nuca. Los escalofríos me rondaban.

—Que salga el mal —comenzó—, que entre el bien —estaba demasiado nervioso. Más de lo que pudiera imaginar—, como Jesús entró en

Jerusalén.

Repitió la oración.

Yo intentaba serenarme, pero no podía. Estaba demasiado nervioso. Sudando, atento a todo lo que sucedía a mí alrededor.

—Que salga el mal, que entre el bien, como Jesús entró en Jerusalén.

Las señales de la cruz invadieron mi frente, mi pecho y mi estómago. La señora Susana estaba concentrada en el ritual que estaba aplicando a mí persona, yo en tanto, no sabía hacia dónde mirar. El viento helado perforaba mis vertebras y subía hasta mi cuello.

—No la escuches —oí.

—Del verbo al verbo, San Juan Bautista...

Las llamas de las velas pestañearon.

—Tú que predicaste en el púlpito de la Santísima Trinidad...

—Ignora a esa zorra —La Llorona. Era ella.

Antonio, María, Alberto y Susana estaban expectantes. Sabían que algo estaba ocurriendo, igual que yo. Sentí una sonrisa en mi oído derecho, lánguida, triste y a la vez macabra. La sangre comenzó a brotar.

—Fuera espanto, ojo, mal aire...

Las cortinas comenzaron a moverse lentamente. Un movimiento apenas perceptible que cobró vida a medida que la oración crecía. Las ventanas no estaban abiertas, ¿cómo podían moverse? Las velas pestañeaban. Sentía el frío en el fondo de mi cuerpo, en mis huesos.

—Yo te santiguo, en el nombre del padre...

—No la escuches —me susurró La Llorona.

El olor del palqui inundaba mis fosas nasales. La señora Susana traía un poco de sal en sus manos y lo vertía en mí, sobre mis hombros.

Noté la mesa del comedor moverse un tanto. Se corrió unos centímetros.

—¡Esta cosa funcionará o solo nos traerá más problemas! —preguntó

Antonio.

—Del hijo... —la señora Susana seguía con la oración.

—Calla a esa puta. Solo escúchame a mí, Damián.

La Llorona me ponía nervioso. Corrompía en esos momentos mi fe.

La mesa se corrió unos centímetros más. Muchos más.

—¡Qué mierda! —gritó Alberto.

—¡Aaah! —grité yo al sentir un agudo dolor en el hombro derecho.

El viento que entraba por la ventana cerrada se hizo más fuerte. Las velas pestañeaban con mayor notoriedad, pero no se apagaban. ¿Es que acaso era una señal de que aun en la oscuridad puede haber luz si alguien pretende tenerla encendida?

—¡Y del Espíritu Santo! —la Señora Susana sabía que algo malo sucedía.

La mesa volvió a correrse, y esta vez a saltar. Un viejo estante también lo hizo, y unas figuras de cerámica rodaron por el suelo haciéndose añicos.

Alberto tomó a María de las manos.

—¡Mamá! —le gritó con miedo.

Yo estaba ahí, situado en un limbo entre el bien, y el bien controlado por el odio y la maldad, todo lo más infernal que jamás haya existido.

—¡Del verbo al verbo...! —repitió la señora Susana.

—¡Zorra! —susurró La Llorona en mi oído.

Solo yo la escuchaba. ¿Por qué?, ¿solo yo debía escucharla?

—¡San Juan Bautista!

El dolor en mi hombro era demasiado. Ardía.

Un estante con vasos de cristal se abrió, las puertas de par en par se extendieron y los vasos de su interior volaron entre el viento que entraba desde ningún lugar.

—¡Dioos! —gritó María.

—¡Silencio! —la chitó don Óscar— ¡Deben dejarlos! —aludió a nosotros.

Comencé a gritar de dolor en lo que mi boca salivaba a más no poder, a llorar hasta que mis ojos se voltearon, y aun así era consciente de todo ello.

Divisé la mina. El túnel en el que estábamos trabajando el día del derrumbe, pero hacía mucho más tiempo. Mucho más atrás. Había una pequeña bodega en ese lugar, y dos sujetos salían de allí. Uno era mujer. Una joven de unos veintitantos, casi treinta, el otro en tanto, era un joven de la misma edad, muy parecido a don... don... idon Domingo!

Se me nubló la vista antes de volver a divisarlo, esta vez con una niña de unos ocho o nueve años. La tenía arrinconada. Sus tiernos ojos reflejaban temor, miedo y sumisión. Su oso de peluche estaba sobre sus tiernas manos, hasta que don Domingo la metió a la fuerza a la bodega y el muñeco se enlodó al caer al suelo, solo y olvidado.

Las velas se apagaban. La primera se apagó y el olor del humo entró en mi nariz.

En las siguientes escenas estaba don Máximo. Estaba peleando con aquella mujer. La que estaba en la bodega con don Domingo. Le dio una bofetada y la tiró al piso, en un piso de madera, tablas limpias, relucientes. ¡Era su esposa! ¡Ella lo engañaba con don Domingo! Lo que pasó después... solo observé a don Máximo cargarla hasta la bodega, inmovilizada, pero viva.

Los vasos seguían volando. Quebrándose en las paredes, derribando cuadros, derribando otros objetos. ¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios!

Se apagó la segunda vela. El olor nuevamente penetró en mi nariz.

Don Domingo había vuelto a la bodega, pero, al entrar, desató a la señora y ésta, llorando le dijo algo tocando su vientre. ¿Estaba embarazada? Al decírselo, el cuerpo de la pequeña cayó al suelo desde el techo de la bodega, la mujer lo observó y gritó. Se tiró encima de su esposo. Luchó. Lo intentaba, pero él tenía un chuchillo que justo dio en su vientre. Le corrió la sangre, le volvió a inmovilizar, pero luego la desató. Metió en su boca paladas de sal y recubrió su cuerpo en el entretecho de la bodega, en cuanto a la niña, la dejó al lado de un estante con las mismas condiciones. Tiró su oso de peluche a su lado.

—¡Las matóóó! —grité.

Don Domingo avanzó por el túnel dejando dos pequeñas velas rojas a medio camino. Era Dinamita. ¡Haría explotar el túnel! ¡Él las había asesinado y había ocultado ese crimen por quizá cuánto tiempo! ¡Por eso al encontrarla comenzaron a ocurrir desgracias!

—¡En el nombre del Padre! —seguía la señora Susana—, ¡del Hijo!
—proseguía sin detenerse a pesar de lo que sucedía a su alrededor— ¡y del Espíritu Santo!

La explosión detonó. El túnel se tapó, la mina planchoneó con quizá cuántos mineros dentro, y don Domingo se había salvado.

—¡Yo te santiguo!

—¡AAAAHHHHH! —grité al sentir que volvía a estar en la sala, con una mordida en mi hombro y en mi oreja derecha al punto que sangraban como una llave abierta.

—¡Traigan algo para curarlo! —gritó la señora Susana en lo que terminaba el ritual.

Antonio y María fueron a por agua y paños. Un lavatorio, alcohol, algodón.

El ambiente poco a poco volvía la normalidad. La última vela no se había apagado, y el viento que corría era realmente débil como para hacerlo. Estaba cansado, tenía miedo, tenía sueño, quería cerrar los ojos, pero el horror no me lo permitía.

Cuando María y Antonio llegaron con las cosas para curarme las heridas, entonces se escuchó. Un silbido tenue pero perceptible para todos nuestros oídos que bajaba desde el segundo piso. Una melodía lánguida que salía sonora por los labios de un infernal demonio asechando en la oscuridad, poseído en un cuerpo de muerte profana que el tiempo había hecho suyo en la ribera de la noche marcada en lamentos por serafines del infierno.

—¿Escuchas tú nombre? —preguntó Antonio.

—¿Qué? —inquirió María— ¡Escuchas tú nombre! —dijo también ella, al rato después.

—¡No contesten! —grité llorando.

—Tú, Damián ¿escuchas tú nombre? —me preguntó Alberto, como ido.

—Por el amor de Dios, no contesten —supliqué en un llanto.

El silbido seguía siendo audible. ¿En qué momento acabaría todo?

Esa melodía, ¿por qué la escuchábamos?

Yo lloraba, pero así fue como desapareció. El ambiente pareció tranquilo al fin. La última vela no se había apagado, seguía refulgiendo mientras la señora Susana hacía los últimos movimientos con los ganchitos de palqui. Me levanté para mirarlos a todos mientras todos me miraban a mí. Parecía como si nada hubiese pasado en realidad.

La vela se apagó.

¡Dios!

Se encendieron las tres velas juntas.

El rostro de La Llorona, aquel vestido embarrado, ensangrentado en el vientre, con el pelo tapándole el rostro pero que dejaba ver su boca rajada desde las comisuras y su lengua cayéndole era totalmente visible para nosotros.

—¡Escuchan su nombre! —dijo en un grito horrible que nos hizo sangrar los oídos.

Luego de eso, desapareció al sentirse el contacto de unas manos en la puerta. El golpe débil de unos nudillos estrechándose como un visitante que a deshora toca en un cuarto. La manera tan inexplicable en que olvidamos ello no viene a mí. Desapareció como La Llorona en ese momento.

Óscar abrió la puerta de la casa. Uno de los rondines venía con él.

—¡Señores! —saludó firme, como milico— Don Máximo y don Domingo quieren ver a todo el campamento en la entrada de la mina en este instante. Están por desobstruir por completo la boca del yacimiento.

Dicho ello, las caras de asombro nos poseyeron. Habría que ir, a pesar de que estábamos todos cansados, asustados, pero de igual y de una extraña manera, a su vez que temerosos, también tranquilos.

Los pocos kilómetros que había hacia la mina la mayoría de la gente los recorrió a pie, de modo que, al salir, notamos la ruta repleta en luces hasta un gran claro iluminado en lo alto de un cerro. El Alicanto abriría las puertas de nuevo.

Minutos después llegamos hasta una enorme entrada en la que unas máquinas estaban dispuestas a pasar y abrir definitivamente la mina. Llegó y llegó gente hasta que por fin don Máximo Lefou y don Domingo aparecieron sobre un púlpito, dispuestos a decir un par de palabras y posteriormente a dar la orden de que las máquinas abrieran la mina de una vez por todas.

Y así fue.

Las máquinas se abalanzaron sobre la pared de tierra que quedaba para que luego de cinco minutos, esta se desmoronara hacia adentro y quedara al descubierto para el público, niños y niñas, pequeños infantes, la escena más horrible que seguramente jamás pensaron en ver:

Dos árboles habían crecido. Cómo, tan rápido, no lo sé, pero allí estaban. En medio de ambos, estaba el cuerpo inerte, casi podrido y por partes reseco, de Rodrigo. Sus brazos habían sido cocidos nuevamente, igual que sus piernas, y sus extremidades eran atadas hasta la copa y los troncos de los árboles. Raúl, otro de los desaparecidos también estaba dentro de la mina en las mismas condiciones, y por Dios Santo, Matilde, también lo estaba. Su cuerpo cremado yacía colgado como un perro cruelmente ahorcado.

El trauma que ello significó para cada uno fue peor que el infierno, más para los padres, más para las familias de las personas que allí dentro se encontraron. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!

Una niebla se observaba desde los árboles hacia lo profundo del túnel, y desde los árboles hacia adelante, solo las pocas luces de las máquinas.

Don Domingo se acercó a los cuerpos en lo que la gente lloraba, vomitaba de asco o simplemente perdía la razón lentamente. Creo que yo estaba en el último grupo. El jefe tocó las piernas de los mineros colgados, traumatado, asustado. Una escena tan brutal como aquella creo que uno no la observa todos los días.

Lentamente sentimos un silbido proveniente de la multitud, de los árboles, de la niebla. Don Domingo también lo oía porque miraba en todas direcciones sin saber exactamente hacia donde enfocarse, luego de ello la melodía cesó.

—¿Sí? —le dijo a nadie en particular.

En ese momento, supe que habría de pagar lo que había hecho. Ella había dicho su nombre, y él le había contestado.

—¿Qué quieres? —volvió a decir, y en eso, su oído comenzó a sangrar.

Sonreí al notar que estaba por perderse igual que mis compañeros.

—Dime ¿qué quieres, maldita sea? —dijo una última vez.

En ese instante, algo lo arrastró de los pies hasta la mina, cayendo al suelo, embarrándose entero, y dejando su silueta marcada en la tierra embarrada y ensangrentada. Los cuerpos colgados parecían más humanos, torturados infernalmente, pero humanos. Segundos después reparé en que sobre el pecho de Rodrigo, había un mensaje para cualquiera que se atreviera a entrar en el Alicanto.

¡Cuidado!

¿Escuchas tú nombre?

A la mañana siguiente, encontramos en todas las casas una nota firmada por don Máximo Lefou. El Alicanto cerraría sus puertas. No había nada más que hacer allí, solo advertir que, si en algún momento estás dispuesto a salir, acampar entre las colinas, lleva tapones, porque escuchar tu nombre en la nada no es algo que sea demasiado bueno o demasiado malo. Tenlo seguro. La advertencia en la entrada en el Alicanto es la prueba de ello ya que, él aún sigue colgado.

A las dos de la tarde no debía quedar nadie en la mina. Nadie en el campamento. Nadie en la colina. La familia de Alberto se fue temprano, yo me quedé solo el resto de mañana y tarde. Ellos estaban peor por lo de Matilde, debían irse, y yo les había causado bastantes problemas, comprendía si tal vez no quisieran volver a verme. La cosa era que, me iría al rato después. Cerca de la una y media o veinte para las dos, el Alicanto quedó sin mi presencia. Me fui lejos, bajando las lomas, las colinas, cerros y montañas que me separaban de mi familia, donde Mamá me recibió gustosa, donde mi hermano lo hizo con un abrazo, y donde mi padre volvió a sonreír desde que me había marchado, según mi madre. Estaba con mi familia. Estaba vivo. Estaba lejos de La Llorona, de su espíritu y el de su hija.

Aquella noche luego del baño, me encerré en mi habitación y entre mis pertenencias encontré un pequeño papel. Una carta de alguien sin

relevancia. De alguien a quien lo puta no se le quitaría con nada. Después de leerla, abrí mi cama, y para mi horrible e inquietante sorpresa, encontré un pequeño oso de peluche, embarrado, falto de un ojo y reposando al interior de esta.

Escalofriantemente oí mi nombre entrar por la ventana. En serio, ¡Dios mío!, ¿me había seguido hasta allí?

Y tú ¿escuchas tú nombre?

Capítulo 7



Para Mario Ignacio "Nacho" Mora F.

Por recorrer mis historias, y emocionarte con ellas.

Por volverte parte de cada una.

Con cariño, ¡gracias!

Aquel, era un tormentoso y frío día gris de julio. El viento invernal se colaba por las copas secas de los árboles, agitando sus ramas y echando abajo las ya pocas hojas ajadas que iban crepitando bajo nuestros pies una vez que tocaban el suelo. Las lúgubres nubes acolchadas de grafito parecían tan cercanas que pensabas en que posiblemente pudieras tocarlas con las manos, como un dictador que intenta derrocar a Dios, y el ambiente sobre nuestros hombros, reflejado en tantos rostros, sentíase exactamente igual.

La «Loma de la lagartija» era nuestro punto de encuentro nuevamente después de tantos años. Me miraba las puntas de los zapatos ensimismado mientras el frío acariciaba mi espalda como dándome el pésame por la pérdida de la tía Leonora; la pobre, pobre tía Leonora.

Estaba como ausente, con la mirada clavada en el suelo, observando el contorno picado, abierto de una de las sepulturas del cementerio cuando la voz del padre Francisco me trajo nuevamente a la realidad.

—Dale, Señor el descanso eterno —dijo.

—Y brille para ella la luz perpetua —coreó la feligresía a su alrededor.

En serio era un escenario cruelmente perturbador para quien fuere. Ese lugar casi perdido, de yacijas olvidadas en el tiempo y de cruces rotas por donde se mirara, parecía un fin denigrante para la inhumación que se estaba llevando a cabo. El ataúd de la tía Leonora descendía lenta pero bruscamente hacia las profundas cuatro paredes de tierra en que se pudriría, y nosotros ahí, mirando.

El panteonero, un hombre cojo, de un hombro torcido y caído y a eso agréguele un ojo visco, soltaba una de las sogas sobre las que se encontraba la urna de la tía.

—¡Espacio, espacio, espacio! —exclamó un hombre cuarentón que en mi vida había visto. Otro sepulturero.

—¡Denle soga![1] —gritó el panteonero.

Él y tres hombres más continuaban con el rito del sepelio, soltando bruscos cada una de las cuatro extremidades del cordón en que se suspendía el féretro, rebotando producto de la inercia y levantando levemente la única ventana que existía entre el cuerpo de la tía y los vivos allí presentes.

—¡Con cuidado, por el amor de Dios! —exclamó la hermana Agnes, una de las monjas que concurría al sector desde hacía tiempo.

Cerca, se sentían las hijas de la tía; Mirta y Alondra, las mellizas, abrazadas, llorando desenfrenadas y a todo lo que sus pobres gargantas ya arenosas, rasposas a esas alturas, les permitían, y Benjamín y Santiago, sus hermanos, que miraban taciturnos el accionar de los sepultureros y desde atrás, el resto de la multitud que sollozaba en falsas caras de pena, entre ellos, rezando por el descanso eterno de su hermana, mamá, junto a ella mi padre, y acercándoseme, Joel, con la mirada medio perdida, atisbando un poco de lucidez en aquel enjambre susurrante de gente que esperaba a que el sepelio terminara. Me volteé para recibir a mi hermano y, sin querer pasé a llevar a María, nuestra criada.

El sonido del pedrerío que golpeaba el ataúd desasosegaba a las mellizas, llorando en desgracia con el dolor más profundo del que se

podiera ver, pero gracias a Dios el pobre cajón llegó a buen fondo.

El panteonero se acercó al montículo de tierra que había a un lado del sepulcro y con las manos apenas, producto de su desgraciada deformidad, llovieron los palazos de tierra y pedruscos chocando estrepitosos contra el ataúd, causando el llanto y dolor más desesperante en la vida de cualquier persona que pierde a un ser de su propia sangre. Poco a poco vimos cómo el catafalco iba consumiéndose entre la húmeda y fangosa mezcla que caía sobre él. Mirta y Alondra se nos acercaron plañendo, tapándose la boca con los negros pañuelos mientras el grito al cielo preguntándose por qué rompía al compás de los relámpagos.

—¡Mamita! —gritó Alondra.

—¡Por qué!, ¡por qué!, ¡por qué! —exclamó Mirta.

—¡POR QUÉ! —gritaron juntas, tirando del panteonero hacia atrás y dispuestas a echarse dentro de la tumba.

—¡Tranquilícense! —les dijo papá, tomando a Alondra por los hombros antes de tirarse hacia el hoyo— ¡Ayuda a tus hermanas, Santiago!
—agregó.

—Tranquilas, ¿sí? —dijo Benjamín, sujetando a Mirta por los hombros.

El panteonero se irguió quejumbroso del montículo de tierra mientras su ojo visco se enfocaba en el fondo de la sepultura y el otro en Alondra.

—¡Si eres estúpida! —espetó algo dificultoso. Su ojo visco comenzó a voltearse hacia abajo; a cada momento más, ¡y más!, ¡Y MÁS! —¡Ah!
—gritó luego, como embargado por el dolor—, ¡Ahhh!, ¡AHHH! —exclamó quejumbroso.

El ojo se le desdobló tanto que no sé si fue a causas del dolor o una acción involuntaria la que causó lo que sucedió a continuación: aparte de gritar hasta dejarnos sordos o aturdidos, empezó a cojear en nuestra dirección sin percatarse de que la inhumación no había terminado, que la tumba estaba aún abierta y sin más, al pisar uno de los bordes débiles de la sepultura, este cedió, se rompió y cayó casi metro y medio hasta desnucarse con una piedra frente al ataúd de la tía Leonora.

Esa fue una horrenda tragedia para todos, sin duda. Tétrica y escalofriante; más cuando desde mi perspectiva, lograba observar una gigantesca mosca azul posándose sobre uno de los ojos abiertos e inyectados en sangre de aquel pobre desgraciado, ahora también muerto.

El alboroto entre el gentío se hizo notar. Llovieron las exclamaciones de pánico, terror y horror luego de que el golpe sordo del cuerpo del

panteonero impactara en el fondo de la sepultura. Joel arremetió contra mamá y mis primas, junto a Benjamín y Santiago, papá y yo en tanto, intentamos calmarnos y tranquilizar a las damas que más cerca estaban en el momento del suceso.

—¡Dios santo! —recuerdo que gritó el padre Francisco, atemorizado por lo ocurrido.

La muchedumbre comenzó a correr incontrolable loma abajo, por el mismo sendero en que dificultosos llegamos con el ataúd hasta lo que en ese momento parecía para mí, el Gólgota.

Corrieron y corrieron, presurosos y asustados, rozándome violentos hasta el punto en que debí dejarme llevar, de no haber escuchado el grito desesperado e inconfundible de María, nuestra criada, en mitad de aquel enjambre vocinglero que aturdía.

—¡María! —exclamé lo más fuerte que pude, intentando que mi voz sobresaliera del tumulto— ¡MARÍA!

—¡Joven Damián! —vociferó ella.

El viento frío arremetió violento de manera imprevista y escandalizó más a las personas ya inquietas que, una vez presenciada la primera horrenda tragedia, dieron por hecho que algo muy malo sucedería.

—¡María! —insistí, pues aún no lograba divisar a la pobre chica entre la gente.

Como si no hubiésemos tenido ya suficiente con lidiar con el fallecimiento de la tía Leonora y la muerte inesperada de aquel pobre e infeliz panteonero, el caos reinó infraganti activándose en el inconsciente de la gente gracias a un suceso (mucho más espeluznante y) poco común, como erigiéndose titánico pero somnoliento: un tué tué profirió su horrible cantar desde la copa de un espino, tajante y tormentoso al igual que el intranquilo barullo de la gente que corría escandalizada, puesto que la poco agraciada fama de aquel pájaro agorero tocó fondo ante las desgracias ya acometidas por el destino.

—¡MARÍÍÍA! —insistí entre la gente.

Miré tan bruscamente en tantas direcciones que me mareé violento y sin más, me interpose sin querer en el camino de un hombre maceteado que, escandalizado, me empujó hacia adelante impactando contra la orilla de una sepultura, casi de bruces y sin más, perdiendo gradualmente el conocimiento, nublándoseme la vista y pesándome los ojos... pero, algo evitó que sucumbiera por completo ante aquella situación: llamó mi atención un pequeño muñeco, tirado y embarrado a los pies de la

sepultura que me había recibido con aquel estacazo tan duro haciéndome poco menos tragar tierra.

Era blanco; un blanco lodoso, los ojos eran de botón negros con hilos del mismo color, y una boca cosida en hebras del mismo tono. Tenía cabellito de lana azabache y una camisita a cuadrillé que le hacía parecer un leñador. Un bracito por defecto más corto que el otro y, una pierna con la misma característica; me acerqué, dificultoso, pesaroso, cuando creí que el mareo me quitaría las pocas fuerzas que ya me quedaban, tomé al simpático muñequito apretando fuertemente con las manos y, sin darme cuenta, me enterré una espina clavada en la parte trasera de su cabeza, cruzándole uno de los botones y cortándole los hilos que le sujetaban el ocelo.

—¡Don Damián! —me dijo María, acuclillándose frente a mí, medio inquieta por lo sucedido, pero tranquila por haberme encontrado— ¿Qué le pasó? —me preguntó reparando en mi palma ensangrentada.

—Nada, nada —dije restándole importancia.

—¡Santa gracia del cielo! —exclamó temerosa, reparando en el muñeco que tenía en la mano, en la espina tras su ojo y el botón que se descocía.

—¿Qué pasa? —pregunté dubitativo, irguiéndome con cautela.

—Bote esa cosa, joven... deshágase de él —me dijo, refiriéndose al muñeco.

—¿Por qué? —pregunté intrigado.

—¿No sabe para qué hacen esas cosas?

—Pero si es un muñeco —dije.

—Hágame caso, patrón. Bótelo... a quien se lo hayan hecho, le apuesto a que tiene que estar marcado —María me decía aquellas palabras con tal convicción, sembrando sobre mí la intriga que, le hice caso.

Esperanzado en que tal vez Dios y la tía Leonora pudieran perdonarme, aproveché el que su sepultura, todavía cubierta en flores y adornos, no estuviera cerrada, y tiré sin escrúpulo alguno el pequeño muñeco que según María, había sido hecho para causar daño a una persona en específico.

El ambiente poco a poco se destensó y volvió a la normalidad, con el viento frío que se volvía tibio y los truenos en el cielo que quebraban entremedio de las nubes. Un tordo acalló el silencio despampanante

producido después del temible incidente que dio paso a todo aquel escenario y, fue entonces que recordé el cantar de aquel pájaro sibilino, profiriendo su tué tué al choque del viento con mi rostro y ahora, lentamente, el de la lluvia.

—¿Se siente bien? —preguntó María, notando un moretón en mi sien derecha.

—Un poco mareado, pero bien —contesté, aún un poco aturdido.

A la mañana siguiente, Mirta y Alondra bajaron a la primera planta vestidas elegantemente, con chaquetones finos de color uva, gorros afelpados y rostros maquillados, labios pintados y en general, bajo un concepto de elegancia que se distribuía por todo su cuerpo; Benjamín en tanto, algo demacrado por haber pasado una noche relativamente a saltos, había olvidado que tenía que ir a dejar a sus hermanas al terminal ferroviario de Rancagua, motivo por el que Mirta y Alondra se enojaron al punto de casi desfigurar sus rostros, irascibles para con Benjamín.

—Las voy a dejar yo —dijo Santiago una vez que se asomó a la cocina.

—¿Estás seguro? —preguntó Benjamín, restregándose los ojos con bastante parsimonia.

—Sí, no hay problema —contestó Santiago, tomando la mitad de un pan y untándole mermelada casera.

—Pero, podrían darse prisa —dijo Mirta.

—No queremos perder el tren —agregó Alondra.

Acto seguido, Benjamín volvió a subir a la recámara que compartía con Santiago en la segunda planta, Mirta y Alondra se prepararon y, en compañía de mi primo salieron rumbo al terminal ferroviario.

A mitad de semana, nos abandonó también Santiago, y en nuestra compañía solo quedó Benjamín, quien durante los últimos días se descuidó de sí mismo al punto que el pelo le llegaba casi a los hombros, la barba espinosa le cubría hasta el cuello y los ojos, por un relativo mal dormir debido al llanto, se le volvieron rojos, perdiéndose todo celeste acuoso que en ellos existió en algún momento.

Fue un día jueves en que tomábamos desayuno cuando bajó desde su recámara, a torso desnudo y solamente con el pantalón de pijama y, no sé, algo me indicó que ese instante era el comienzo de algo.

—Buenos días, joven —saludó María—. ¿Toma desayuno? —preguntó.

Mamá se lo quedó mirando. Siempre había sido reacia a esa clase de “exhibiciones” como solía llamarlas.

—¡Cómo se te ocurre bajar así, Benjamín! —escupió un tanto alarmada.

—Déjalo, mujer —agregó papá—. El pobre no está haciendo nada.

—¡Cómo que nada!, inada! —mamá se irguió de la mesa—, ¡vete a poner ropa al instante, jovencito! —ordenó mi madre.

Benjamín en tanto, solo observaba a María. Pendiente de su pregunta, aguzando el oído solo en ella y, como esperando a que tal vez le dijera algo, esbozó un intento malhecho de sonrisa.

—Solo un té, por favor —contestó en lo que desviaba la mirada hacia mi madre—. No me traje más ropa, tía —agregó

—Ya Damián te prestará algo —ordenó mamá—. ¿Escuchaste?

—Sí —dije quemándome la lengua con el té y dando un pequeño respingo—. Vamos.

—¡Pero en seguida! —exclamó mamá.

—Claro —a Benjamín poco parecía importarle el que mi madre se hubiese puesto como loca, aunque, en ese momento preciso, daba por hecho que su comportamiento se debía a lo sucedido con la tía Leonora. Y cualquiera lo hubiese pensado creo yo.

El ambiente tenso cedió cuando Benjamín subió en mi compañía hasta mi dormitorio para poder ponerse un poco de ropa, aunque no creía que algo de lo que pudiera pasarle le quedara exactamente bien, debido en parte a que mi estatura era un tanto menor, al igual que la anchura de mi cuerpo. Él, era alto y maceteado, razón por la que mis pantalones le quedaron un tanto apretados y mi camisa más suelta, apegada al punto que casi le cortaba la circulación de la sangre.

—¿No preferirías pedirle algo a Joel? —pregunté—, él es un poco más... de tu talla.

—No —dijo—. Esto me sienta bien —agregó.

Se miró, corpulento, en el espejo del ropero que había en mi recámara, tensó los brazos a más no poder, haciendo que sus músculos se le notaran en cada pedazo de tela y, un siseo ronco resonó en su

garganta.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Me enterré... —dijo—, algo.

Llevó su mano derecha hasta su costado izquierdo y sin más, extrajo un pequeño alfiler de ella.

—Solo era una aguja —dijo.

Seguramente mamá o María, habían estado zurciendo y se les quedó allí, aunque, cuando me percaté de algo más, me pareció extraño que ellas no se hubiesen dado cuenta.

—Oye —dije a Benjamín.

—¿Qué? —preguntó.

—Los botones —respondí—. Le faltan dos.

Uno en el cuello y otro abajo.

—Da igual —contestó mi primo—. Nadie más se va a dar cuenta —sonrió leve, como acostumbró esos últimos días.

El resto de la jornada fue relativamente pacífica. Un día neblinoso, tormentoso, pero aun así acogedor para el dolor que llevábamos a cuestas. La cena inició y terminó sin mayores incidentes y la plática estuvo mucho más amena que durante el desayuno.

—Quería pedirte perdón, tía —dijo Benjamín—. No creí que te tomaras tan mal lo de esta mañana.

—No te preocupes, hijo —agregó mamá—. No es que yo lo dijera de la mejor forma.

María dejó en la mesa una panera de mimbre llena de pan casero, caliente y vaporoso, recién salido del horno.

—Les dejaré esto antes de irme a mi recámara, señora —dijo.

—Gracias, María —sonrió mamá.

—No hay de qué, señ... —añadió la muchacha, retirándose pero siendo interrumpida.

—¡María! —dijo Benjamín, apeándose de su silla—. Disculpa, pero...

—Dígame, joven.

—A esta camisa le falta un botón en el cuello y, quería saber si podrías pegárselo.

—Sí, joven. Cuando terminen, recojo la mesa y lo haré.

—Gracias —dijo Benjamín, sonriendo entre la barba espesa y el pelo rizado que le recubría parte de uno de sus ojos.

—No hay de qué.

Cerca de las nueve y cuarenta, la cocina se encontraba en completa y armoniosa soledad. Joel se había duchado y acostado, y mis padres estaban ambos en su habitación, y yo en tanto, intentaba no quedarme dormido ante el cansancio que me producía la intrigante lectura de un nuevo libro que había llegado a mis manos desde la biblioteca, razón por la que me apresuré a levantarme al baño, mojarme la cara y, notar que en mi sien derecha aún yacían feas marcas del acontecimiento del fin de semana. Me acerqué para mirar más detalladamente, aunque el feo aspecto que tenía la primera vez, no era nada comparado con la mejoría que ahora presentaba, aun así aquel golpe negro verdoso se veía horrible.

—Cielos —dije.

Mojé mi cara y mi cicatriz, peiné mi pelo con las manos humedecidas y, sin darme cuenta, los celos reinaron en mi garganta; sentí las amígdalas secas, la lengua polvorienta y sin más, como un pensamiento que automáticamente se transforma en una decisión, partí escaleras abajo rumbo a por un vaso de agua.

Iba a mitad de las escaleras cuando escuché a María, quejumbrosa, abstenida a hacer algo y sin más, al sentir el tacto de mis pies desnudos con la primera planta, me inmovilicé tras la pared que separaba el salón y la cocina.

—Sabes que me gustas —dijo Benjamín.

—Joven, por favor —decía María.

—No sabes cómo me pones.

No es que yo fuera voyerista pero, asomé lentamente la cabeza hacia el portal de la cocina y, ahí estaba, Benjamín, a torso desnudo nuevamente y cubriéndose solamente con un calzoncillo de tela, mientras

arrinconaba a nuestra criada contra el lavaplatos, besándole el cuello y acariciándole los senos como un verdadero bruto.

—María —dijo entre jadeos.

—¡Ya, joven! —exclamó la chica al borde del llanto.

La presionó contra el lavaplatos y, de no ser porque pasé a llevar uno de los muebles y quebré un florero, quizá dónde hubiese terminado todo.

—¡Me van a matar! —dije, entrando en la cocina, haciéndome el desentendido de todo tema.

—¿Qué haces aquí?, ¿qué pasó? —preguntó Benjamín, notoriamente excitado pero, haciéndose el loco.

—Aquí vivo —dije—. Pasé a llevar el mueble y, quebré el florero —agregué restándole importancia—. Solo vengo por agua... y a tirar el florero roto.

Llevé los restos de vidrio hacia afuera y los deposité en una caja solo para estos.

—Pero bueno —dije luego, antes de que se pronunciara aquel desbordante e interminable silencio—. ¿Pasa algo? —pregunté.

—No, no —dijo Benjamín—. María que... me estaba zurciendo la camisa —agregó.

—¡Ah! —exhalé.

—Gracias, ¿eh? —dijo mi primo a la criada.

Luego de ello, tomó la camisa de encima de una de las sillas y se marchó.

—¿Pasó algo? —pregunté a María una vez quedamos solos—, como que está medio rarito, ¿no?

—No se preocupe, joven —respondió María—. No pasa nada. Yo me... me iré a la cama.

Quedé solo. Solitario bajo la tenue luz amarillenta que bañaba la cocina. Preguntándole al mismo horrible silencio, vetusto y amenazador qué había sucedido momentos antes, y por sobretodo, qué habría pasado si no me hubiese dado sed; si hubiese bajado silencioso; si no hubiese pasado a llevar el mueble, quebrado el florero ni aparecerme frente a mi primo y María como si nada. En serio, ¿qué hubiese pasado?, qué habría

pasado con mi novela, ya que luego del incidente, olvidé continuarla.

Mi duda fue causante de mal dormir durante dos noches seguidas.

Eran horas y horas, contemplando mudo, el negro cielo bañado de pesadillas de mi recámara; preguntándole a mis fantasmas por qué Benjamín había adoptado aquel inestable deseo con María. Ya después de lo sucedido con Albert hacía tantos años y otro resto de actividades para las cuales la contestación a la misma pregunta que ahora me hacía, nunca tuvieron respuesta, no me parecía extraño que nuevamente se irguiera ante mí, como un demonio con alzhéimer que se mira al espejo por primera vez; sumiéndose en la oscuridad, en la irreconocible pero tan amena tiniebla del olvido y la extrañeza.

El domingo que se celebraba ya una semana del entierro de la tía Leonora, desperté completamente torcido. Acurrucado como un feto y mi cuello casi desdoblado. Una tortícolis del carajo me tronaba las cervicales, atlas y axis parecían crujir solo de pensar en ellas y lentamente un jalón me bajaba por el lado izquierdo hasta (poco menos), juntarme el mentón con la clavícula, solo así para dejar de sentir el maldito (pero tenue) malestar.

El dolor me tuvo en cama casi todo el día, tanto que a la misa de las ocho llegué exactamente con el mismo malestar; sin mejoría ni empeoramiento. Mi arribo, enajenado, sobrellevado por el suplicio que constante engarrotaba mi cabeza hacia mi clavícula, gracias al todopoderoso, no fue impedimento para participar como cada semana. Inclusive, pese a la aflicción que padecía, me percaté de algo, en lo que por lo visto, nadie reparó: en la pila donde reposaba el agua bendita, donde todos los feligreses solían consumir sus dedos impuros para persignarse y entrar en gracia al templo de Dios, flotaba, solitaria, una aguja con una delgada hebra de hilo blanco. Solo eso y nada más.

—iIn nomine Patris, et Fillii, et Spiritus Sancti! —exclamó el padre Francisco, posicionándose tras el altar, extendiendo sus brazos al cielo y mirando sonriente a los congregantes presentes.

—iAmen! —respondieron los parroquianos.

Ante el llamado celestial del tonsurado, mamá avanzó (como siempre), lo más adelante que pudo. Desde atrás la seguimos Joel, Benjamín y yo, y junto a ella, casi obligada, tomada del brazo, María.

Esa noche la iglesia notábase extrañamente oscura; las ventanas se encontraban cerradas, las llamas de los sirios bailaban inquietas incluso al no haber ventisca leve que se pronunciara, una mosca azul revoloteaba desasosegada posándose siempre en las costillas sangrantes del Cristo de mármol crucificado sobre el altar, y el padre Francisco... sonreía

celebrando la misa sin el más mínimo ánimo de extrañeza.

—¿Pasa algo? —me había susurrado Joel al notar mi inquietud.

—No... —dije—, no. Nada —mentí.

La hermana Agnes se encontraba sentada, descansando los ojos tras sus lentes y con la guitarra acurrucando las cuerdas en el hábito. Sus arrugas daban escalofríos, y la verruga sobre una de sus fosas nasales era intrínsecamente curiosa. Llamaba la atención. Bastante. Aparte de sus dedos víctimas de la artritis.

Un frío glacial me susurraba en los oídos y la nuca. El tirón de mi cuello, yéndose hacia mi clavícula era más grande pero, aun así, igual de tenuemente doloroso.

El cuerpo de Cristo descendía para convertirse humildemente en pan y vino, posados en el altar para que el padre Francisco lo repartiera entre aquellos preparados y dispuestos a llevarlo dentro de sí.

—... tomó pan y dándote gracias lo partió, y lo dio a sus discípulos diciendo: itomad y comed todos de él, porque este es mi cuerpo que será entregado por vosotros!

Pero, no había solo discípulos. Una cola de flecha se mezclaba entre los devotos presentes. Lo sabía, lo presentía, inhalaba el hedor del azufre escabulléndose por mi nariz, presagiándome un horrible acontecer. Mis ojos desorbitados subían y bajaban, se desdoblaban al punto de un estrabismo camaleónico en busca del mefistofélico ignoto entre nosotros, orando.

—... del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz y dándote gracias de nuevo, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: tomad y bebed todos de él, porque esta es mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.

Tras unos leves minutos, el panorama avanzó, y yo ahí, mirando. Resolviendo un intranquilo enigma sobre la noche que cubría el templo.

—El cuerpo de Cristo —dijo el padre Francisco a la primera persona tras la fila para comulgar.

—¡Amen! —respondió ella.

Yo estaba desosegado; inquieto al punto de un paro cardiorrespiratorio. Inhalaba, exhalaba. Volvía a hacerlo, más rápido,

silencioso, pero poco a poco más fuerte, más fuerte, ¡MÁS FUERTE!

—El cuerpo de Cristo —repitió el padre Francisco.

—¡Amen! —le respondieron.

Mamá se le acercó.

—El cuer... —el presbítero calló.

Una gota cuya composición roja negruzca cayó en su pómulo y le avanzó lentamente por su mejilla hasta mentón.

—¿Sucede algo, padre? —le preguntó mi madre, arrugando el entrecejo.

El capellán posó sus manos sobre aquel líquido rojizo. Otro tanto cayó sobre su frente y, sin más, la palpó, el tacto la esparció sobre su cara y, sus ojos comenzaron a segregar, extrañamente una sustancia similar.

—¿Padre? —volvió a preguntar mamá.

El cura pestañeó pesaroso.

—Me arden —dijo—. ¡Dios mío, me arden!

Soltó el copón[1] y las hostias se regaron por el suelo. El cáliz se derramó de igual manera y la sangre se esparció, una serie de cresas se arrastraron hambrientas, profanando el cuerpo y la sangre del hijo de Dios y, entre tanto, el sacerdote reclamaba y clamaba de dolor.

—¡Me duelen, Dios mío! —gritaba.

Sus ojos inyectados lloraban sangre, y gritando al cielo rogaba que por favor, aquel infernal milagro se detuviera.

Posó sus manos sobre su rostro. Empapó las mangas de la túnica, pero el reguero de sangre no se detenía.

—¡Detente, Dio...!

Un sonido gorgoreo salió de su boca, y el tumulto ante aquel reaccionar extrañamente milagroso se acrecentó.

Un chorro de agua brotó de su boca y a su vez, su nariz goteó de la misma tenue manera. Sus fosas nasales se empapaban en agua y el cura tiritaba friolento, exactamente como un perro envenenado.

Yo seguía mirando a mí alrededor. No había reparado en él hasta que simplemente, el foco brilló sobre mí.

—¡Se está ahogando! —dije.

Me acerqué a él pisando accidentalmente las hostias.

Tras cada violenta convulsión, el agua seguía brotando y brotando de su nariz y su boca; los ojos seguían excretando una sangre tan negra como la noche y sus manos rascaban su pecho como si un lazo ardiente le presionara el torso.

—Respire —le dije, posicionándome frente a él, tomándole la cabeza y mirándolo a los ojos sangrantes.

Su garganta se apretaba; notaba tensión y la mezcla de agua, biliar y mucosa ensangrentada corría y recorría desde su interior por todas las salidas posibles que encontrara en el camino.

Apretó tanto los dientes que estos se le quebraron, su dolor fue tan inmenso al punto que sus manos rajaron la túnica y, cuando logró desvelar las ocho letras que se encontraban marcadas en su piel, solo ahí, por fin, su cuerpo dejó de temblar; las tercianas cesaron, el rezumo de sangre ocular terminó y su figura inerte, tirada en el piso luego de aquel acto cuya naturaleza nadie podía ni puede explicar al día de hoy, nos revelaba una cruel e inimaginable posible verdad en una palabra que nadie hubiese creído, posiblemente, jamás.

Ocho letras que solo conformaban un duro término para referirse al presbítero allí tirado, cuyos ojos perdidos no verían nunca las puertas de San Pedro:

Violador.

—¡AAAHHH! —gritó una niña, de diez o tal vez once años.

Otro montón de gente a su alrededor, miraba taciturna, incrédula y casi morbosa, la figura de un pequeño muñequito, cuya testuz era cruzada por dos alfileres cabeza de martillo hasta dos ojos de hilo en cruz que sangraban temeroso, en su pecho se zurraba la palabra que figuraba en el tórax del padre Francisco y, junto a ella, un pequeño gusano cosido por un hilo a una hostia que se comía lentamente, mientras la sangre y el agua bendita de la fuente en que reposaba junto al muñeco, la ahogaba lentamente como al propio clérigo, muerto frente al altar, frente al Cristo crucificado en cuyas llagas chorreando una sangre tan densa y negra como mis ojos, entre las espigas de su corona y su costado cruzado por

Longino, se posaba una singular mosca de color azul.

La gente se situó alrededor del cadáver del padre Francisco, contemplando la palabra que lo describía y sintiendo el leve reptar de las ceras entre la sangre y las hostias regadas en el suelo.

—¡Dios mío! —había dicho la hermana Agnes cuando se hubo percatado de lo sucedido.

La pila con el agua bendita se oscurecía más y más entre la sangre y el muñeco que ya casi se perdía entre el color del líquido. Los cuchicheos se acrecentaban, como pasar bajo una gran colmena, el barullo ascendente palpitaba en mis oídos y el olor a azufre seguía penetrándome la nariz. ¿Cómo era posible que nadie más se percatara?

—Déjenme pasar —dijo la monja, abriéndose paso hacia el cuerpo del sacerdote.

Posó sus torcidos dedos en el cuello del cura y su mano tembló luego del tacto.

—Está... —dijo.

—¡Tué-tué-tué-tué! —cantó el ave, sintiéndose en la cúspide de la iglesia, resonando en el campanario y tras cada martilleo, lanzando un endémico eco.

Los sirios se apagaron al batir de sus alas, los cristales reventaron al trino de su canto y se esparcieron tan cerca nuestro que, algunos de ellos deformaron el rostro de Joel y Benjamín, las puertas se abrieron al golpe de la ventisca y un olor a plumas quemadas se me mezcló con el azufre, un grito de genuino terror se articuló, desesperado, en la garganta del Cristo de mármol mientras la sangre le goteaba como un chorro de presión y sin más, los clavos se doblaron, su cuerpo cayó lentamente al suelo impactando con el cuerpo del padre Francisco, ocurriendo dos cosas que choquearon y perturbaron todavía más mi inestable demencia: primero, el golpe reventó el cráneo del cura, y segundo, el Cristo de mármol se hizo pedazos una vez que impactó en el suelo y yo allí, como tantas veces he dicho, mirando.

A mi parecer, lo que sucedía dentro de la iglesia ya no era obra de Dios, era algo mucho peor, más oscuro, más tenebroso y él lo sabía, pero no hacía nada por atenuarlo.

Lo que ocurrió dentro de la iglesia aquella noche fue horridamente extraño, al punto tétrico, tenebroso que nuestras mentes recogían solo tenues esquirlas de lógica explicación tiradas al azar, aunque en su mayoría, las personas no dejaban de asociar aquel oscuro acontecimiento

con el dantesco cantar agorero proferido por aquella ave de mala muerte.

[Continuará]

[Atte, Byron Salva].